

# La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 18 DE MARZO DE 1912

NÚM. 1.577

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



LAS HIJAS DEL PESCADOR, cuadro de Augusto Leroux

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que será la preciosa novela de Jorge Sand

## FRANCISCO EL EXPÓSITO

una de las más admirables de la celebrada escritora francesa, obra maestra de sentimiento y de imaginación, libro tan hermoso por su argumento como por su estilo.

Constituyen la ilustración de FRANCISCO EL EXPÓSITO treinta y una magníficas composiciones de A. Robaudi, grabadas al buril y al aguafuerte por Enrique Manesse, que figuran en la espléndida edición de la obra publicada en París y que cuesta 300 francos el ejemplar.

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Dos madres*, por M. Alanic. — *Dos cuadros de Maris*. — *París. Monumento a Rousseau*. — *Descubrimiento del Polo Sur*. — *Susana Renard*. — *Monumentos a Santa Juana de Arco, al general Dumas y a la reina Victoria de Inglaterra*. — *Matrimonio secreto* (novela). — *La huelga de los mineros en Inglaterra*. — *El ministro de Instrucción Pública en Tarrasa*. — *El viaje de Enrique Borrás a América*.

**Grabados.**—*Las hijas del pescador*. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Dos madres*. — *Joven madre; Junto a la cuna*. — *Reflejos*. — *París. Monumento a Rousseau*. — *Roald Amundsen*. — *El maestro armero; En la bodega*. — *Susana Bernard*. — *Estatua de Santa Juana de Arco*. — *Monumentos al general Dumas y a la reina Victoria de Inglaterra*. — *La huelga de los mineros de carbón en Inglaterra*. — *El ministro de Instrucción Pública en Tarrasa*. — *El viaje de Enrique Borrás a América*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí el momento en que los extranjeros acuden a Madrid, si no en tanto número como pudiera desearse, lo suficiente para invadir las tiendas de los anticuarios y llevarse a sus respectivos países cuanto ven; por lo cual salen a relucir, victoriosos, los arcones viejos con talla nueva, los bargueños del XVII acabaditos de hacer en Granada y Valencia, los cuadros del Tiziano, que no los conociera el Tiziano mismo, y otras preseas de autenticidad, que no llamaré ni sospechosa, aun cuando no falta nunca quien por auténticas las tome.

Lo primero que hacen los viajeros susodichos, es asombrarse y encontrar que todo es precioso, además de baratísimo. ¡Un Murillo en cien duros! ¡Un Rafael en doscientos! ¡Un Goya en ciento cuarenta y cinco y quince céntimos! No hay como venir a España para descubrir tesoros. ¡No será tono el que se den, allá en sus patrias, los Sres. de Johnson, de Smith, de Black y de White, cuando exhiban, ante sus compatriotas atónitos y envidiosos, la obra maestra!

Y realmente, si ellos la encuentran tal, y tienen el buen acuerdo de no llamar nunca a un experto que los desengañe, son tan felices como si en efecto poseyesen la *Santa Isabel de Hungría*, el *Pasmo de Sicilia* o la *Familia de Carlos IV*. ¿Acaso no vivimos de ilusiones, las tres cuartas partes de nuestro existir? ¿Acaso los mismos grandes inteligentes no acogen, en sus colecciones, copias, supercherías, toda clase de contrabandos artísticos?

Hay cosas así, en que la imaginación puede suplir a todo. No cabe que una piedra sustituya el pan, toda vez que una piedra no mantiene; pero un mediano cuadro equivale fácilmente a una obra maestra, porque la idea de la obra maestra, nosotros mismos la creamos; es algo que, fuera de nosotros, no tiene realidad; cuando no hay ojo que las contemple, las formas, las líneas, los colores, dejan de existir. De suerte que el anglosajón que cargó con un lienzo de Orbaneja y lo juzgó velazqueño, es tan feliz, si lo cree a puño cerrado, como el poseedor de un auténtico, indiscutible Velázquez.

Por eso el arte será siempre cosa muy subjetiva, muy individual, y sujeta a contradicciones y disputas.

Lo innegable es que los prenderos van aprovechando esta temporada propicia, alrededor de la Semana Santa. Quedan las prenderías barridas; todo lo que no había podido encontrar colocación en un año, corre como pan bendito; se desocupan las vitrinas, se sacan, previamente desempolvados, los muebles de panzudas formas, desaparecen los platos de Triana disfrazados de Talavera, y no queda un trapo de casulla para un remedio. Toda esa ropavejería del Antiguo Continente corre hacia el Nuevo, donde se tiene sed de historia, sed del pasado.

Es verdaderamente asombroso que aun quede algo en España. Todos los días se oye referir que alguna casa aristocrática ha vendido, en fabulosa suma, sus obras de arte al extranjero. Ya es el retrato del Greco, ya el estrado de cuero cordobés, ya el tapiz único,

ya la armadura que revistió el pecho de los héroes. ¿Quién no recuerda la subasta de los regios despojos de la casa de Osuna? Andaban por allí los Vandick y los Rubens, los Tizianos y los Goyas, que era una bendición. Para una casa noble que, como la de Medinaceli, conserve sus tesoros patrimoniales, hay cinco que se fueron a pique, y cuya riqueza se dispersó a todos los vientos. A veces, un suceso, relatado en la prensa, evoca el recuerdo de alguno de estos grandes naufragios. Estos días, por ejemplo, se ha hablado del caso de una señorita, procedente de la familia de Altamira, y que está sirviendo, como camarera, en el hotel Ritz. Con tal motivo, hízose memoria de la grandeza de los Sessas, de lo que atormentaba aquel palacio, del caudal que representaban sólo los documentos de su archivo, que competía con el de la Casa Real, y acaso encerraba curiosidades mayores. Fortunas cuantiosas se labraron con los despojos de Sessa, mientras, entre el descuido y la prodigalidad, la casa se arruinaba, caía para no volver a levantarse. Cuando así ocurre, bien puede afirmarse que las nueve décimas partes del botín salen fuera de España, y no son sólo unos señores aristócratas, sino la patria entera, la que sufre mengua en sus intereses.

España ha sido en esto tan rica, que aun después de todos los atentados que en ella se han cometido —el brutal de la desamortización y exclaustación, en la forma en que se realizó, las incautaciones revolucionarias, los derribos de conventos e iglesias que eran primores de arquitectura, y tantos actos de vandalismo que pudieran citarse, sin hablar de las guerras civiles, de los disturbios y sediciones, por ahora cerradas con la semana trágica de Barcelona, con sus formas de incendio y destrucción,— a pesar, en fin, de la continua corriente que arrebató al extranjero nuestras joyas más preciosas, queda aún tanto y tanto de valor artístico que ninguna nación nos supera en esto. En el pueblo más olvidado; en el último rincón español, hallaréis algo digno de admirarse. Hace dos o tres años se celebró en Santiago de Compostela una Exposición de arte retrospectivo. Apenas me daba yo cuenta, a pesar de haber nacido en el país, de cómo pudieron reunirse tan fácilmente y en tanto número, objetos auténticos de tal valía. Hasta en pintura, arte del cual suponíamos que existían escasas muestras en la región, aparecieron hermosos ejemplares. Pero, sobre todo, en plata labrada, fué deslumbrante la Exposición. Cruces, cálices, patenas, porta-paces, custodias, viriles, copones, arcos, urnas, se mostraron en tanto número, que el problema era colocarlos. Y abundaron también los trabajos en piedra, mármol, marfil y bronce, efigies, aras, vasos, columnas, lápidas, capiteles. Los que recordábamos otra Exposición de arte retrospectivo, la del Centenario de Colón, nos explicábamos mejor el fenómeno de aquel tesoro de los gnomos saliendo de tierra, surgiendo de las parroquias olvidadas, de las montañas pobres.

Algunos españoles han tratado también de conservar a España su herencia artística, y, en vez de vender a extranjeros, han recogido y coleccionado aquí; varios, aunque seguramente pocos, han legado a Museos españoles objetos de gran mérito, y en primer término debemos recordar a la duquesa de Villahermosa, que ha legado al Museo de Madrid el magnífico retrato del Golilla; otros como el marqués de la Vega Inclán, del cual tendré ocasión de volver a hablar, han salvado con piadoso respeto las reliquias del genio, y le han consagrado ese culto que los pueblos que se aman a sí mismos, con bien entendido amor, profesan a sus grandes hombres; pero han estado en mayoría los vándalos, y el vandalismo no muere, sino que hasta se reencarna en la política, con la consigna de quemar retablos, destrozando cuadros de primitivos, y desmoronar iglesias. Y éste me parece el delito mayor de cuantos se pueden cometer. Malo es asesinar, pero la vida humana tiene, seguramente, menos valor que la obra de arte. La vida humana reflorece, se transmite, retoña, pulula sobre el planeta; y Napoleón, con su sentido estricto de las realidades, decía a los que le acusaban de derrochar sangre en las batallas, que esa sangre se la devolvía una noche de París. Pero cuando las manos que crearon el arte se han deshecho en ceniza; cuando las épocas que dejaron tras de sí determinada forma de belleza se han desvanecido para siempre, destruir lo que no hay medio humano de reparar, destruir sin remedio, es el supremo crimen, y debería existir en los Códigos pena especial para él.

Volviendo a los anticuarios, que ahora se encuentran en plena *season*, atendiendo a sus clientes de extranjería, diré que, se les oyen tristes quejas fundadas en la decadencia del oficio. Han pasado los días en que con «salir a los pueblos», tal era la consagrada frase, traían abundante cosecha de trapos, lien-

zos arrollados, marcos de riquísima talla, trípticos, tablas de primitivos, lámparas de plata y frontales de guadamací. Hoy sólo queda agotada la mina, escorias, basura, según ellos mismos exclaman desdeñosamente. Lo que antes no se consideraba digno de interés ahora se estima, ha adquirido precio. Las sillas, los canapés, los relojes y los candelabros Imperio, en otro tiempo desdeñados, se pagan ya mucho, y empieza a cotizarse un estilo de mal gusto, pesado y burgués, que en España se llama de Cristina, y en Francia de Luis Felipe. Antaño, los abanicos de Isabel II no valían nada. A precio ínfimo se encontraban en todas partes. Han pegado el salto; cuestan tres o cuatro veces más, y las damas se dignan usarlos, cosa que evitaban antes, porque los encontraban pesados, de forma basta, de paisaje ordinario, de un papel que cruje, y chirriantes al cerrarse y abrirse. Desde que la infanta Isabel ha ido a la Argentina, piden de allí las damas abanicos españoles, y como los de otras épocas escasean, son los isabeleños los que hacen el gasto.

Así y todo, los extranjeros se agolpan en las tiendas de los chamarileros; y como los inteligentes, en cualquier ramo que sea, nunca abundan, es seguro que estos turistas se llevarán en la maleta bastantes falsificaciones que les parecerán maravillas allá en su tierra. He conocido yo a una inglesa, mujer por cierto muy ilustrada, muy conocedora de las antigüedades españolas, y que, sin embargo, compró de buena fe dos sillones completamente falsos. Quería deshacer el trato, pero no hubo medio: no cabía demostrar que el prendero le hubiese dicho que los sillones fuesen de tal o cual época; tanto peor para ella, si se había forjado la ilusión de que eran del tiempo de Lain Calvo y Nuño Rasura. Sin ser yo muy entendida, vi que eran modernos, y se lo dije desde el primer instante; como tuve la suerte de acertar, creyó en mi competencia, que no existía, y me hacía acompañarla a las tiendas, a pesar de mis continuas protestas de que no me sentía capaz de evitarla otro error como el primero. Hay, en efecto, objetos que no puedo afirmar nunca que sean ni verdaderos ni falsos; entre ellos, citaré los hierros forjados. La puerta principal de las Torres de Meirás, está claveteada de grandes clavos de hierro, de la más elegante forma. Parte de ellos son absolutamente auténticos, adquiridos en Avila; y los restantes, han sido labrados, según el modelo antiguo, por un herrero del país. Y a mí, que lo sé, me cuesta trabajo distinguir los verdaderos de los falsos, es decir, de los nuevos; porque, en realidad, si la materia es la misma, si el trabajo es idéntico, y si hasta el alma del artífice campesino es tal vez un alma más bien del siglo XVI que del XX, yo me pregunto ¿en dónde está la superchería?

En otros objetos, en cambio, mi vista, más que mi inteligencia, reconoce lo moderno a las primeras de cambio, y hasta siente como una molestia, una decepción, algo penoso. Las falsificaciones de porcelanas, países de abanico, tallas, muebles, por muy bien hechas que estén, no pueden engañar.

Hay otro aspecto de este comercio, que es sumamente entretenido, y pudiera serlo mucho más, si los prenderos, en momentos de expansión, se decidiesen a contar la historia de lo que venden. ¡Cuántas veces esa historia será un drama! ¡Qué de psicología en un retrato vendido, en un mueble del cual se desprendieron con lágrimas en los ojos!

Hasta lo maravilloso y lo fantástico pudieran encontrarse detrás de un cuadro, de una joya. Por casualidad me enteré de las vicisitudes de una sortija que representaba una enroscada sierpe, en cuya cabeza brillaba una esmeralda. No era la necesidad lo que había obligado a su dueño a desprenderse de la alhaja. Era la convicción, probablemente supersticiosa, pero no por eso menos honda, de que llevaba la desgracia y la muerte aquella sortija, más bien vulgar. Una señorita la regaló a su prometido; a los dos días, el joven murió en una cacería, descargándosele la escopeta en el vientre. Su hermano quiso conservar como recuerdo la sortija; apenas la hubo ceñido al dedo, enfermó de paludismo, y no curó hasta quitarse la sortija misteriosa. Un amigo, riéndose de la aprensión, le cambió la sortija por un par de gemelos, y la usó con jactancia: a los tres días, al bajarse del tranvía, se rompió una pierna, y cojo quedó para siempre. Durante su enfermedad, un criado robó la fatal sortija: se la regaló a su querida: apenas ésta se la puso, y la lució en la calle, un antiguo novio la mató de una puñalada. Así, de desastre en desastre, la sortija paró en la casa de empeños... Y tú, lector, no crees en estas cosas, ¿verdad? Pero apuesto doble contra sencillo que, ya enterado, no compras la sortijita... aunque te la den en cincuenta céntimos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

DOS MADRES, CUENTO DE MATILDE ALANIC (1), dibujo de Carreres



Después, permanecieron ambas silenciosas

La señora de Blandín bajó del carruaje y lentamente, con la frente inclinada y llevando en brazos un ramo de lilas blancas, pasó la gran verja y siguió el triste camino, tan familiar a sus pasos, entre las estelas funerarias y los panteones.

Hacia cinco años que siguiera aquel camino por primera vez, desfallecida de dolor, detrás del ataúd cubierto de flores en que dormía para siempre envuelta en sus castos velos de comulgante, su Rosita, su hija única.

¡Su Rosita, durante tanto tiempo esperada y cuya venida al mundo había sido una alegría tan grande! ¡Su Rosita, tan linda, tan buena, tan alegre y a quien parecían reservadas todas las felicidades!.. Y he aquí que en pocos días de enfermedad, se le escapaba aquella existencia querida; el cielo le arrebató el tesoro prestado y la niña, en un hermoso día de otoño, entre las delicadas rosas y los blancos crisantemos, iba a ocupar su sitio en el cementerio, bajo los dorados árboles y el azulado firmamento.

Para la señora de Blandín, fué aquel un golpe terrible, que sumió su vida en el dolor... Desde entonces no tuvo otro objetivo en este mundo que volver diariamente a aquel lugar en donde quedaban enterradas para siempre su alegría y su esperanza; y cada día se la vió, en dolorosa peregrinación, recorrer el fúnebre camino, precipitando su paso a la ida y moderándolo a la vuelta, como si se alejara con pena de la necrópolis. Y las miradas de los más indiferentes se estremecían al contemplar aquella madre eternamente enlutada.

En torno de la columna de mármol blanco delicadamente esculpida, en donde el nombre de Rosita brillaba en letras de oro, amontonáronse muy pronto nacaradas perlas y olorosas flores que resplandecían al sol y la lluvia constelaba de diamantes. La tumba de la niña llegó a ser la más bella del cementerio; la madre dedicaba en ofrenda al ser querido todos los esplendores fúnebres y a cada nuevo trofeo experimentaba una especie de alivio pasajero de su pena, algo de la satisfacción que sentía en otro tiempo, cuando adornaba aquel cuerpo

endoble y encantador y cuando peinaba la sedosa cabellera de la niña amada, que ella quería que fuese hermosa, más hermosa que todas las demás.

Pero ahora el blanco túmulo estaba tan ricamente adornado, que apenas encontraba la señora de Blandín sitio para depositar su ramo. Y perpleja, triste ante la tarea terminada, la madre se preguntaba qué podría hacer para continuar la ilusión de que se ocupaba aún en su bienamada.

Muy cerca, otra mujer lloraba delante de otra tumba blanca, modesta, con su cruz de madera y su jardincillo cercado por un enrejado tosco, pero que la solicitud maternal decoraba, en todas las estaciones, con emblemas ingenuos y flores humildes. La inscripción, pintada en negro sobre la cruz, decía: «Marcelo Vernot. Seis años.» Aquella pequeña fosa habíase abierto al mismo tiempo que la de Rosita, y casi cada domingo la señora de Blandín se encontraba allí con la madre fiel, también enlutada.

Al principio, concentrada cada una en su desesperación, pasaron casi sin verse; pero luego cruzáronse sus ojos y sus lágrimas, y un día cambiaron un ligero saludo. No se hablaban, pero se acostumbraban a encontrarse una al lado de otra en aquella estación dolorosa. Tan distintas por su posición social, pues la una era la esposa de un rico comerciante y la otra simple obrera, llegaban a ser iguales por la inmensidad del dolor y por la eternidad de su sentimiento.

La señora de Blandín era poco comunicativa; la fortuna, la vida fácil, el hábito del dominio sobre su servidumbre, la habían hecho insensiblemente un tanto egoísta y sólo se interesaba por los que vivían dentro del círculo en que evolucionaba su existencia. Aquel día, sin embargo, una piedad repentina y una vaga inquietud la obligaron a salir de la apatía egoísta en que vivía concentrada.

Un rumor de sollozos que en vano intentaba sofocar la persona que los daba llamó su atención hacia la tumba del pequeño Marcelo. Arrodillada en el suelo, doblado el cuerpo, apretándose con un pañuelo la boca, la señora Vernot lloraba con una violencia que sacudía convulsivamente todo su cuerpo. Alzando por casualidad los ojos, la pobre mujer encontró la mirada humedecida de la señora de Blandín fijada en ella.

—¡Pobres hijos muertos!, dijo ésta emocionada señalando las tumbas infantiles. ¡Cuánta aflicción, cuánto desconsuelo nos han dejado!

—¡Ah, señora!, exclamó la otra con un grito casi feroz. En estos momentos me parece usted dichosa. Por vez primera en mi vida siento envidia de alguien, de usted.

—¿De mí?, preguntó la señora de Blandín sorprendida ante lo imprevisto de aquella manifestación.

—Sí, de usted, respondió la señora Vernot indicando con el brazo extendido el mausoleo de Rosita. Usted tendrá siempre la dicha de poder venir aquí; usted es rica, usted ha podido dar a su hija la seguridad del último asilo. Yo, en cambio, por más que he hecho, por más que he trabajado hasta perder la vista, no he logrado reunir la cantidad necesaria para comprar el terreno... Y el plazo ha concluido... ¿Comprende usted?... Vendrán a arrancar de este sitio los restos de mi pobre hijo y no tendré ya el consuelo de encontrarle aquí... Es como si por segunda vez le perdiere.

Una nueva explosión de lágrimas ahogó su voz. —Temo, añadió con acento sordo, que sea ésta la última vez que podré arrodillarme aquí, junto a él; por esto he traído esta cestita, que fué suya; para llenarla de esa tierra. Y ahora voy a arrancar ese pequeño rosal para transplantarlo a mi casa... Será el último recuerdo...

Callóse, confusa de haber hablado tanto de su pena, con esa doble dignidad que dan la pobreza orgullosa y un dolor verdadero.

—¡Ah, es espantoso!, murmuró la señora de Blandín estremeciéndose.

Después, permanecieron ambas silenciosas. La madre infortunada, conteniendo los espasmos que la ahogaban, comenzó su lúgubre tarea, devastando el minúsculo jardincito que con tanto amor había cuidado. La señora de Blandín no se atrevía a mirarla, y de pie, sintiendo que el corazón le latía violentamente a impulsos de una emoción extraña, miraba con ojos conturbados el soberbio monumento erigido a la memoria de Rosita... Y de pronto aquellos esplendores que no le habían costado más que el cambio de unas monedas de oro, causáronle gran malestar, y le parecieron miserables y sin mérito

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

alguno, al lado de los modestos adornos que otra madre había pagado con su encarnizado trabajo y con sus vigiliadas a fin de embellecer con ellos aquella pobre tumba condenada a desaparecer.

La simpatía por el dolor ajeno infiltrábase en ella ensanchando su alma, derramando en ella el bienhechor rocío de la compasión... Y entonces le pareció que una voz querida, cuyo sonido no había escuchado desde hacía mucho tiempo, vibraba en su oído murmurando una súplica generosa... Fué una deliciosa ilusión de un segundo, durante el cual aquella madre desolada sintióse envuelta en el alma de su querida muerta.

—¿Lo quieres tú, adorada Rosita?, murmuró muy quedo la señora de Blandín... Pues bien, alégrate; se hará como deseas.

Aquella misma semana, la señora Vernot sintió una conmoción inefable al recibir un documento oficial en toda regla, en el que constaba la concesión a perpetuidad de la sepultura en que descansaban los restos de su Marcelo. Desatinada, no atreviéndose a creer aún en el milagro, voló al cementerio y allí vió el jardincito reconstituido, adornado con flores nuevas y con una magnífica corona en la que había escrita esta dedicatoria:

«ROSITA A SU VECINITO.»

## DOS CUADROS

DEL PINTOR HOLANDÉS JACOBO MARIS

Nació Maris el 25 de agosto de 1837, y ya a los doce años copiaba a la acuarela de los famosos pintores holandeses, lo que le valió entrar en el estudio del maestro Strobel, donde siguió perfeccionándose en la acuarela y copiando litografías con objeto de ser admitido en la Academia de Dibujo. Allí adquirió su manera especial de pintar, como lo reconocía lleno de gratitud el maestro, en cuya opinión no hay mejor preparación para un artista que la Academia de Dibujo, pues sólo el que domina la forma en absoluto es dueño del detalle y del conjunto.

En 1852 abandonó Jacobo la academia y el estudio de Strobel para entrar en el del famoso Huit van Hove. Éste solía enviar a su alumno a la ópera

ral, exponiendo interiores holandeses del siglo XVII. En unión de su hermano, pintor como él, recorrió Alemania, Suiza y Francia, estableciendo juntos un estudio en La Haya, pero con poco éxito.

En 1863 regresó Jacobo a la casa paterna y ayudó a Meyer en la pintura de numerosas marinas que le habían sido encargadas; muerto Meyer en 1866, Maris se trasladó a París, donde expuso regularmente en el Salón, trabajando también temporalmente en el estudio de Hebert.

Maris fué siempre muy aficionado a reproducir escenas de su propia familia, de su propio hogar. En 1868 contrajo matrimonio, aunque su situación económica, por entonces, no tenía nada de envidiable; y al año siguiente presentaba dos cuadros encantadores, que no eran sino fiel reflejo de su felicidad doméstica. En uno de ellos, titulado *Junto a la cuna*, vemos el ambiente de paz de una modesta y obscura habitación, alumbrada por la luz de una bujía; ambiente castizamente holandés en cuya pintura puso Maris toda su alma de artista y de padre. Dormida la joven junto a la cuna, el gato se ha encargado de seguir mecido al infante. En el segundo, que lleva por título *Joven madre*, admiramos la entrañable ternura con que ésta, después de amamantar a su hijo, se inclina para contemplar su apacible sueño.

En 1871 la añoranza le llevó nuevamente a su patria, estableciéndose definitivamente en La Haya, y habiéndose dedicado desde entonces principalmente al paisaje, en el que sobresalió de tal manera, que con razón le consideraron sus compatriotas como el primero de los paisistas holandeses modernos. Esto no obstante, no abandonó la figura, antes al contrario, siguió produciendo hermosos cuadros de escenas íntimas, inspirados siempre en su amor a su familia y a la vida del hogar.

Maris fué un gran protector de los artistas jóvenes y de los artistas necesitados, ayudando a los unos con sus consejos y comprándoles a veces sus cuadros, y socorriendo pecuniariamente a los otros.

Falleció en 8 de agosto de 1899 en Karlsbad, adonde había ido en busca de alivio a una dolencia que desde hacía años le aquejaba.—K.



Joven madre, cuadro de Jacobo Maris

para que ayudara a su padre a pintar decoraciones, lo que valió al joven nuevos conocimientos, pues al arte sutil del maestro unió luego el efectista.

En 1854 pasaron Huit y Jacobo a Amberes, donde se separaron. Jacobo dedicóse allí al estudio de los antiguos maestros holandeses. Al cabo de dos años regresó a la Haya y empezó a copiar del natu-



Junto a la cuna, cuadro de Jacobo Maris



REFLEJOS, cuadro de Manuel Cusi

Los cuadros de Cusi, además de artísticamente bellos, son altamente simpáticos por sus asuntos y por el modo como los trata. Sus figuras femeninas son delicadas y tienen, aun tratándose de mujeres de la clase humilde, una gracia y una elegancia especiales, avaloradas por la tonalidad dulce que campea en todos sus lienzos y que en algunos, como en el que adjunto reproducimos, se desarrolla en juegos de luz de hermoso efecto.

## PARÍS.—MONUMENTO A ROUSSEAU EN EL PANTEÓN

El día 28 de junio próximo se celebrará el segundo centenario del nacimiento del filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau, y con este motivo se inaugurará en el Panteón de París el hermoso monumento que reproducimos adjunto y que es obra del famoso escultor Bartholomé, el autor del grandioso monumento *A los muertos* que, adquirido por el gobierno francés y por el Ayuntamiento de París, se inauguró en el cementerio del Padre Lachaise en 1899.

En lo alto de una escalinata, se ve un monumental relieve con tres figuras de mujer que constituyen una alegoría de la Filosofía y de la Naturaleza. Dos matronas, situadas en un plano inferior, simbolizan la Música y la Gloria; esta última sostiene con el brazo en alto una corona. En el centro de la escalinata hay una losa y en ésta, esculpido, el busto de Rousseau.

Bartholomé se ha inspirado en el arte clásico que armoniza perfectamente con la severidad del Panteón; su obra es una obra vigorosa, severa, sencilla en su composición y noble y armónica en sus líneas de extraordinaria pureza.

El monumento no está

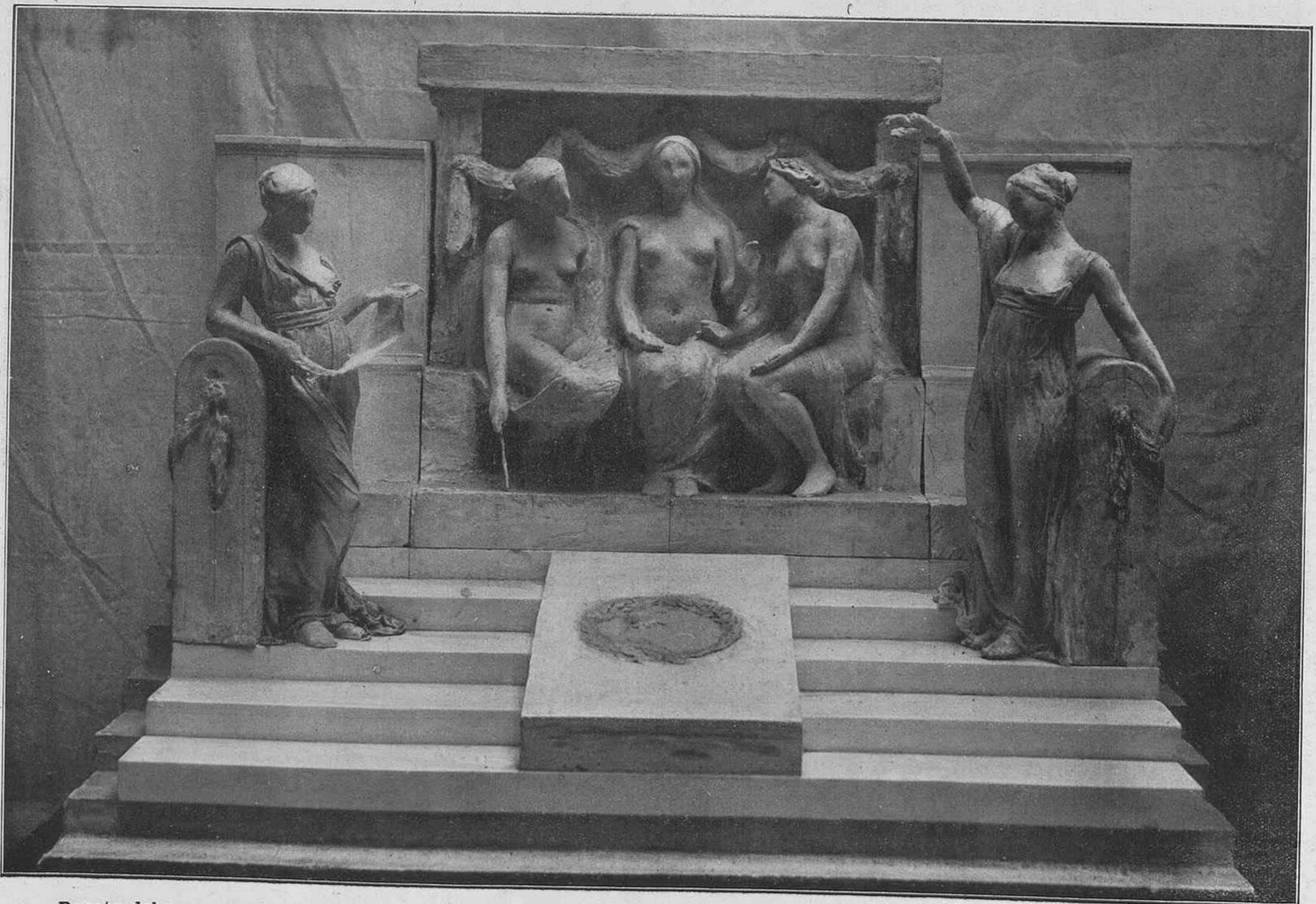


Medallón de Juan Jacobo Rousseau que figura en el monumento que se inaugurará en el Panteón de París. Obra de Bartholomé. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

construido para ser visto desde todos los lados, sino que debe instalarse adosado a la pared. Por esta razón, resulta un tanto difícil encontrar el sitio en donde haya de ser colocado. Pensóse primeramente ponerlo enfrente de los *panneaux* de Juan Pablo Laurens, pero hubo de rechazarse esta idea para no oponer a la blancura de la piedra la pátina de la pintura. Propúsose luego a Bartholomé colocarlo en un lugar muy a propósito para que luciera en toda su belleza; pero como para ello había que cubrir un hermoso cuadro de Puvis de Chavannes, el escultor rechazó esta proposición, que le parecía un sacrilegio, y declaró que antes preferiría retirar su monumento.

De suerte que todavía no se ha señalado definitivamente el sitio que ocupará la obra de Bartholomé, estudiando actualmente este asunto el Sr. Laloux, encargado de los trabajos de arquitectura del Panteón.

Además de la inauguración del monumento, se celebrarán en Francia y en Suiza grandes fiestas de la Naturaleza precedidas de conferencias y una solemne sesión en el anfiteatro de la Sorbona de París.—S.



Boceto del monumento a Juan Jacobo Rousseau, obra de Bartholomé, que se inaugurará en el Panteón de París con motivo de la próxima celebración del bicentenario del nacimiento del filósofo ginebrino. (De fotografía de Harlingue.)

DESCUBRIMIENTO DEL POLO SUR POR EL FAMOSO EXPLORADOR NORUEGO ROALD AMUNDSEN

Los periódicos de Cristiania publicaron el día 8 de este mes el siguiente telegrama, expedido la víspera, a las 3 y 40 de la madrugada, desde Hóbart-Town, puerto y capital de Tasmania:

«Amundsen llegó al Polo Sur, en donde permaneció desde el 14 al 17 de diciembre de 1911. Todo va bien a bordo.»

Esta noticia, que produjo en todo el mundo extraordinario asombro, ha sido luego plenamente confirmada, y el diario londinense *Daily Chronicle*, que había comprado al explorador las primacías del relato de su viaje por 50.000 francos, ha publicado algunos datos acerca de la expedición.

Roald Amundsen salió de Noruega en agosto de 1910 a bordo del *Fram*, el célebre barco de otro explorador famoso, Nansen, que él armó nuevamente para este viaje antártico tan felizmente terminado, y en enero del año siguiente hallábase instalado en una bahía del mar de Ross, en donde dispuso su campamento, compuesto de una casa de madera sólidamente construída y de quince tiendas de campaña que habían de abrigar a los ocho hombres y a los 116 perros groelandeses que formaban la expedición.

Los tres primeros meses los dedicaron los expedicionarios a instalar tres depósitos de víveres a cierta distancia uno de otro, y cuando el invierno hizo su aparición en aquellos lugares, emplearon aquéllos el tiempo en modificar el material que, en las excursiones para la instalación de los depósitos, habían reconocido ser demasiado pesado. Al reaparecer el sol el día 24 de agosto, los viajeros hallábanse en perfecto estado de salud y de ánimo, y el 20 de octubre Amundsen y cuatro de sus compañeros emprendieron la marcha hacia el Sur, mientras los otros tres individuos de la expedición dirigíanse a explorar la llamada tierra del rey Eduardo VII.

Amundsen partió llevando consigo cuatro trineos y 52 perros y provisiones para cuatro meses, y el 31 de octubre llegó al primer depósito, establecido en los 81° de latitud, y el 5 y el 9 de noviembre a los otros dos, instalados respectivamente en los 82° y 83°. El 17 de noviembre alcanzaron los exploradores el 85°, encontrándose allí delante de la famosa barrera de hielo y distinguiendo las altas montañas, algunas de 3 000 y hasta de 4 500 metros de altitud,

que en 1909 descubrió Sháckleton. Los expedicionarios escalaron la barrera y en cuatro días llegaron

avanzando y por fin el 14 pisaron el Polo Sur. «Nos juntamos entonces—escribe el propio explorador Amundsen—en torno de los colores nacionales, una magnífica bandera de seda, y empujando todos el asta, la clavamos en el suelo y damos el nombre de meseta del rey Haacón VII a la vasta planicie en donde está situado el polo.»

Allí permanecieron hasta el 17, en que después de haber izado en lo alto de una pequeña tienda la bandera noruega y el pabellón del *Fram*, emprendieron el viaje de regreso, habiendo llegado sanos y salvos el día 25 de enero de este año al sitio de donde habían partido tres meses antes.

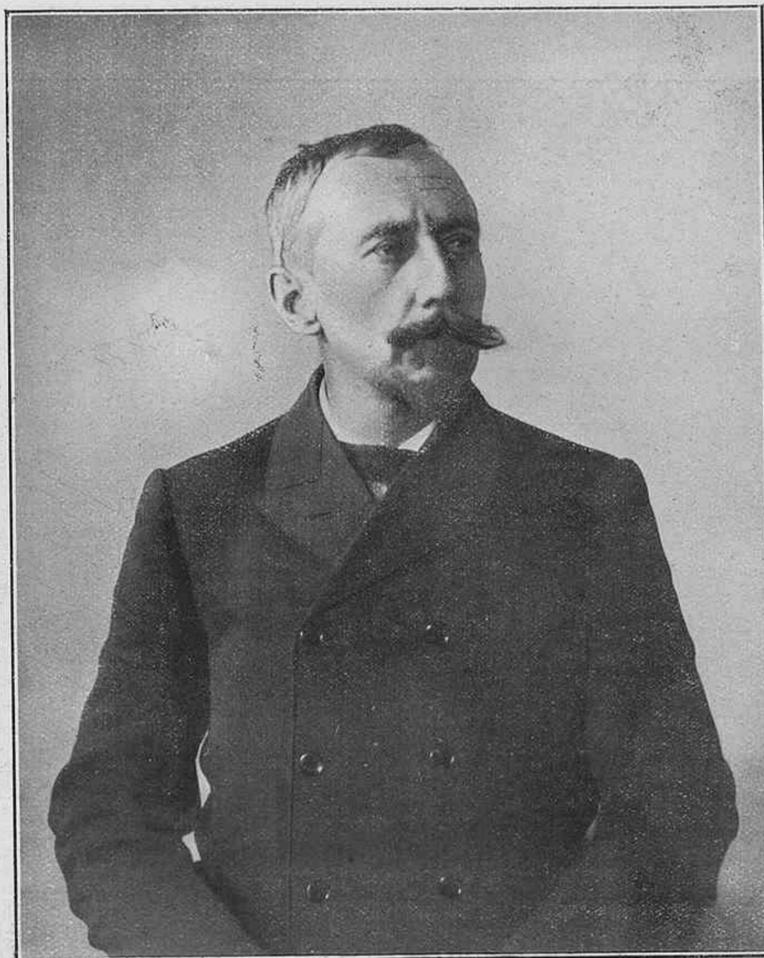
Amundsen partirá dentro de pocos días de Hóbart-Town, dirigiéndose desde allí a Australia, en donde dará algunas conferencias, y regresará luego a Europa, pero no por el camino más corto, sino por el mar de Béhring y el paso del Noroeste, que descubrió en 1906, es decir, atravesando todo el Pacífico, de Sur a Norte, y dando la vuelta al extremo septentrional del continente americano.

La hazaña realizada por el intrépido explorador ha causado, como es de suponer, gran entusiasmo a sus compatriotas. El día en que se recibió en Cristiania la noticia de la conquista del Polo Sur, el presidente del Storting, al comenzar la sesión, pronunció un elocuente discurso enalteciendo el resultado de la expedición antártica noruega, y la Cámara acordó por aclamación enviar a Amundsen el siguiente telegrama:

«El Storting ha recibido con gran satisfacción la noticia de que usted y su expedición han llegado felizmente al Polo Sur e izado en él la bandera noruega. El Storting envía a usted sus más calurosos saludos y la expresión de su más profunda gratitud.»

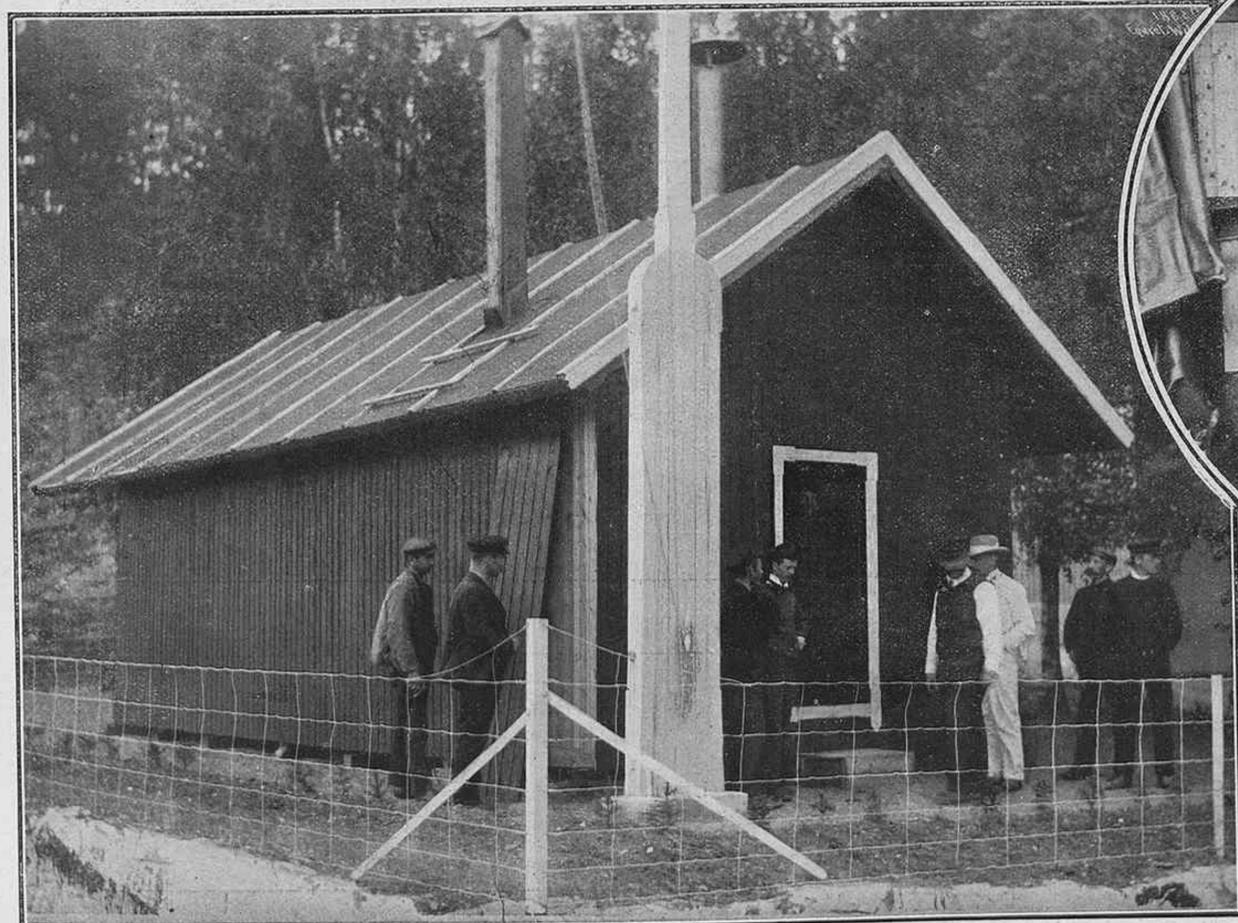
Al mismo tiempo púsose en conocimiento de la Cámara que Amundsen había telegrafado al monarca, anunciándole el feliz éxito de su expedición.

Roald Amundsen es merecedor del grandioso triunfo que acaba de conseguir. Dotado de excepcional perseverancia, de poderoso espíritu de cálculo y de firme tenacidad, una a estas cualidades una



El explorador noruego Roald Amundsen, que el día 14 de diciembre último llegó al Polo Sur. (Fotografía de Trampus.)

a una vasta meseta, en donde acamparon a una altitud de 1.700 metros. La escasez de víveres obligóles a matar 24 de los perros que llevaban y el mal tiempo los tuvo allí sitiados varios días, hasta que el 29, habiendo reaparecido el sol, prosiguieron la ascensión empleando seis días en escalar en las condiciones más duras un ventisquero situado á 2 774 metros. El día 8 de diciembre, con un tiempo espléndido, continuaron su marcha y llegaron a los 88° 13', es decir, a la latitud más austral alcanzada por el mencionado Sháckleton; desde el 9 al 13 siguie-



Casa desmontable de madera en la que se alojaron los miembros de la expedición Amundsen durante su estancia en una bahía del mar de Ross, que fué la base de sus operaciones



Interior de la casa desmontable de madera (De fotografías de C. Trampus.)

especial competencia en materia de expediciones polares.

La lectura de su obra sobre el gran viaje del Atlántico al Pacífico, al través de los hielos árticos, que con seis compañeros emprendió desde 1903 a 1906, es verdaderamente sugestiva. En aquella penosa expedición, que realizó en el *Gjoa*, barquito de 47 toneladas y de 16 metros de longitud, dió pruebas de la más admirable energía y de la absoluta seguridad de sus concepciones.—S,

BARCELONA.—SALÓN ROBIRA



EL MAESTRO ARMERO

copia del celebrado cuadro de Román Ribera

BARCELONA.—SALÓN ROBIRA

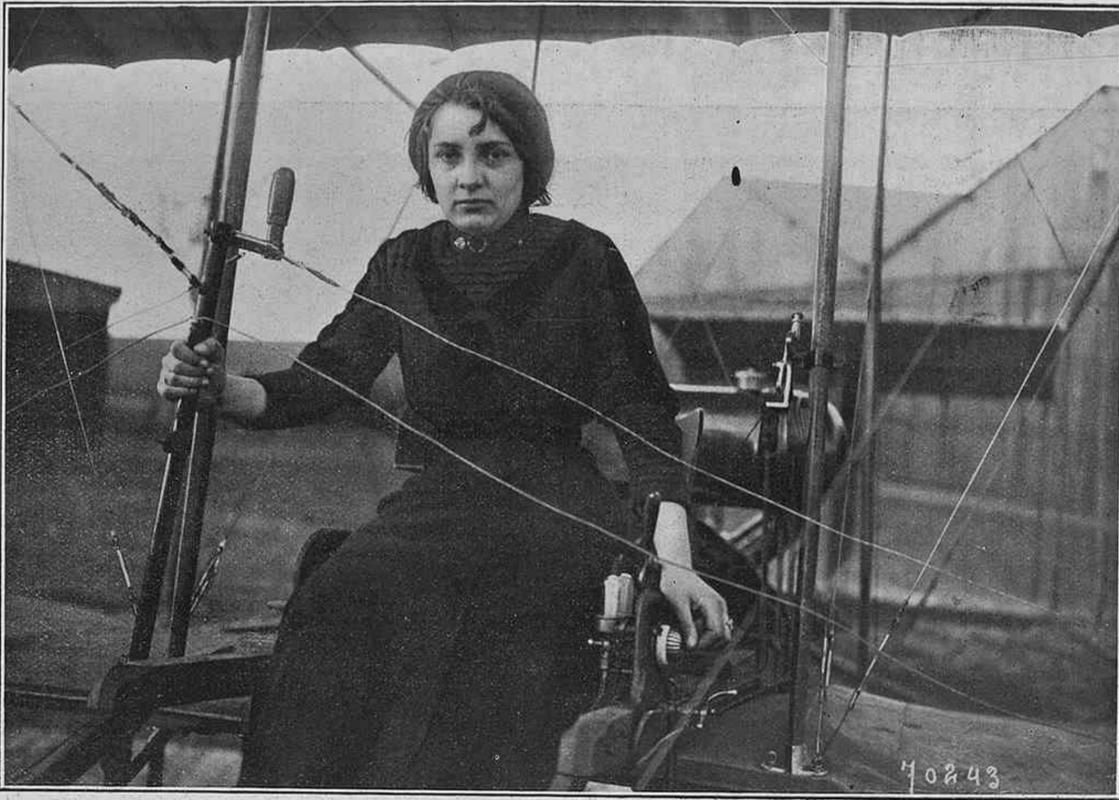


EN LA BODEGA

copia del celebrado cuadro de Román Ribera

## LA AVIADORA SUSANA BERNARD

En el aeródromo de Etampes prodújose el día 10 de los corrientes un accidente mortal en el que perdió la vida una simpática aviadora francesa, la señorita Susana Bernard,



La aviadora francesa señorita Susana Bernard, que falleció el día 10 de los corrientes a consecuencia de una caída del aeroplano en el aeródromo de Etampes. (De fotografía de M. Branger.)

mientras efectuaba la tercera prueba para obtener su patente de piloto del Aero-Club de Francia.

A las diez de la mañana, la señorita Bernard comenzó las pruebas, bajo el control del Sr. Dorival, comisario oficial, con un tiempo magnífico, y realizó admirablemente las dos primeras. Mas como había hecho gala durante las mismas de una temeridad tan grande como inútil, sus compañeros, antes de que diese comienzo a la tercera, le recomendaron la ma-

zos, viró a la derecha y tan rápidamente, que el aparato, perdiendo su velocidad y su punto de apoyo, inclinóse sobre su ala derecha y desde una altura de 60 metros cayó al suelo, quedando enteramente destrozado. La aviadora, que había sido violentamente arrojada de su asiento, fué recogida casi

exánime y transportada con mil precauciones a un cobertizo próximo, en donde se le prodigaron los auxilios necesarios. Tenía una pierna rota, las muñecas destrozadas y una profunda herida en el costado derecho. Todos los cuidados fueron inútiles y diez minutos después del accidente la simpática e intrépida aviadora falleció sin haber recobrado el conocimiento.

La señorita Susana Bernard había nacido en Troyes en 1893 y había comenzado su aprendizaje de aviación en el aeródromo de Etampes en septiembre último. Desde el mes pasado, estaba en el aeródromo de Etampes para obtener, como hemos dicho, la patente de piloto del Aero-Club de Francia.

Era una joven encantadora y de una gran sangre fría, pero al mismo tiempo de una temeridad extraordinaria.

Esta es la segunda aviadora que ha muerto a consecuencia de un accidente desgraciado antes de alcanzar la patente de piloto. La otra fué la señorita Dionisia Moore.

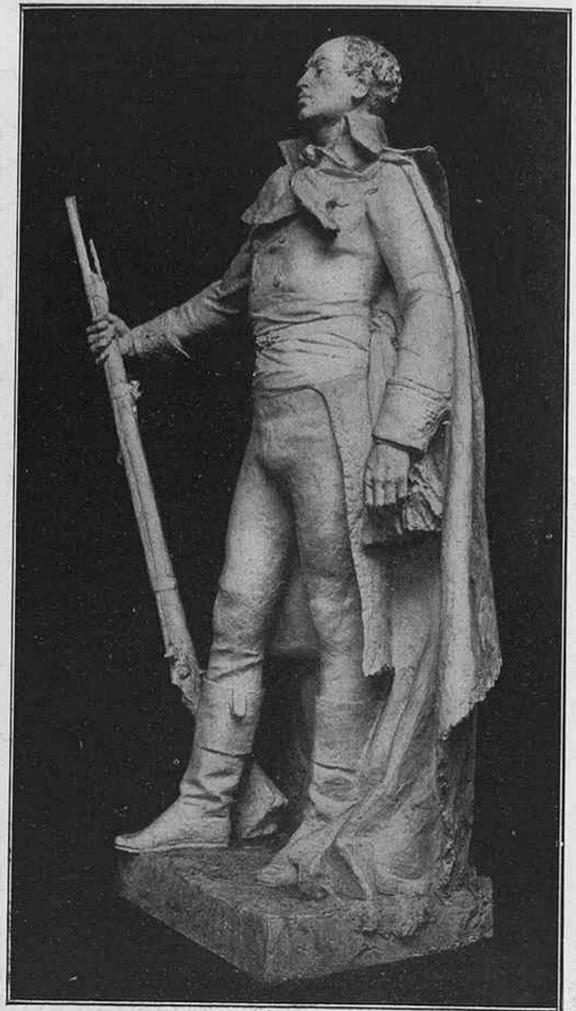
## MONUMENTO A SANTA JUANA DE ARCO

La que durante tanto tiempo fué conocida por el nombre de la *Doncella de Orleans* y recientemente ha sido canonizada por la Iglesia en premio de sus relevantes virtudes; la heroína del pueblo francés cuya figura llena una de las más hermosas páginas de la historia de Francia y a la que rinden fervoroso culto todos los verdaderos patriotas, aun los que no comulgan en la religión que la ha elevado a la categoría de santa, va a tener muy pronto su estatua en el Panteón de París, en aquel suntuoso recinto en donde se glorifica la memoria de todos los grandes personajes, artistas, pensadores, guerreros, hombres de ciencia, dignos por su fama de pasar a la posteridad.

La estatua de Santa Juana de Arco, obra del escultor Allouard, que adjunta reproducimos, es una obra bajo todos conceptos bellísima, siendo lo que en ella más sobresale sin duda la expresión de éxtasis que tan admirablemente ha sabido imprimir en ella el artista y que tan bien retrata el verdadero modo de ser de la santa.

El Panteón en donde se colocará esta estatua sufrirá muy pronto grandes modificaciones en su interior y se enriquecerá con una serie de monumentos debidos a los más grandes maestros. En torno de los cuatro pilares centrales, se instalarán cuatro mármoles que representarán el arte clásico, el arte gótico, el arte del Renacimiento y el arte del siglo XVIII; y bajo la nave se pondrán los monu-

mentos a Mirabeau, por Injalbert; a Rousseau, por Bartholomé, que en otro lugar de este número reproducimos; a Voltaire, por Segolín; y a Víctor Hugo, por Rodin. Además, actualmente están trabajando Marqueste y Mercier en dos grupos «A los generales» y «A los oradores», y Dubois y Landowski en los monumentos «A los héroes» y «A los artistas desconocidos»



Monumento al general Dumas, obra de Moncel que próximamente se inaugurará en la Plaza de Malesherbes, de París. (De fotografía de Harlingue.)

## PARIS. - MONUMENTO AL GENERAL DUMAS

En la plaza de Malesherbes, en donde se alzan ya sendos monumentos a los dos Alejandro Dumas, se erigirá en breve otro dedicado a honrar la memoria del general de los mismos nombre y apellido, padre y abuelo de aquellos novelistas y dramaturgos ilustres.

El general Dumas nació en Jeremías (Santo Domingo) en 1762, como hijo natural del marqués Alejandro Davy de la Pailletterie y de una negra. Envióle su padre a Burdeos para que hiciese allí sus estudios, pero él, a la edad de catorce años ingresó en el regimiento de dragones de la reina. Merced a las guerras de la Revolución, pudo distinguirse en varias ocasiones y ganó rápidos ascensos. En 1793 fué nombrado general en jefe de los ejércitos de los Pirineos orientales y poco después se le confió el mando del ejército del Oeste; pero Dumas, prefirió marchar a Italia a las órdenes de Bonaparte, alcanzando allí nuevos laureles. Tomó luego parte en la campaña de Egipto, y obligado por sus heridas a regresar a Europa, fué retenido dos meses prisionero en Nápoles. Puesto en libertad, perdió el afecto y la confianza del primer cónsul por sus ideas republicanas y en 1807 murió en Villers-Cotterets.

El monumento, obra de Moncel, será de bronce fundido con los cañones que al efecto ha cedido el ministro de la Guerra.

## NIZA. - MONUMENTO A LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA.

Este monumento se inaugurará en los primeros días del próximo abril con asistencia de representaciones de los gobiernos francés e inglés. Entre las varias fiestas proyectadas para solemnizar la inauguración figuran una gran revista militar, en la que

desfilarán tropas de desembarque inglesas y francesas, y un desfile de las escuadras por la bahía de los Angeles.



Estatua de Santa Juana de Arco, obra del escultor Allouard que se colocará en el Panteón de París. (De fotografía de Harlingue.)

yor prudencia y le aconsejaron insistentemente que no virase durante la ascensión y que hiciese todas sus viradas hacia la izquierda.

La aviadora prometió seguir aquellos consejos y obedecer aquellas recomendaciones; a pesar de lo cual, apenas se remontó en los aires, dió muestras de una imprudencia alarmante. Hizo una magnífica salida y elevóse a considerable altura, cuando de pronto, al pasar por encima de los coberti-



Monumento a la reina Victoria de Inglaterra, que próximamente se inaugurará en Niza. (De fotografía de World's Graphic Press.)

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Allí hubo nuevamente de detenerse y de apoyarse en la pared

—Es Rolando, mi pobre Rolando quien nos envía.  
—¿Nos?... ¿Quién es el otro?  
—Es..., mi hijo...

Se detuvo llena de espanto. Aquel hombre parecía ignorar todo lo que ella le decía, lo que él debía saber y adivinar, lo que hubiera debido decirle él, evitándole así el dolor de repetirlo. En vez de esto, permanecía mudo, glacial, hostil.

—¡Pero usted lo sabe bien!, exclamó la infeliz con un grito de suprema angustia. Rolando le enteró a usted... Soy Manuela Casteras..., y el hijo que va a nacer...

Al decir esto, entreabrió la manteleta que disimulaba su talle deformado.

—¡Hemos venido en busca de usted!.. ¡Usted es nuestra única esperanza!..

—¿Y de dónde vienen ustedes?, preguntó con cruel frialdad el barón.

De modo que nada sabía aquel hombre que la miraba hostilmente, como se mira a una extraña, a una desconocida de quien se desconfía, a una pedigüeña a quien hay que despedir.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!, exclamó Manuela. Rolando, sin embargo, escribió a usted...

—Vamos a ver, señora, dijo Lorgerac encogiéndose de hombros. No acabo de comprender..., pero me temo que haya aquí algún equivoco, algún error... Acaba usted de decirme que se llama señora de Aspremont, y me habla usted, al mismo tiempo, de mi primo Rolando. No sabía yo que hubiese otra familia de nuestro nombre, pero Rolando ¿qué papel desempeña en todo esto?

Mientras el barón le decía fría y cortésmente estas cosas, Manuela había palidecido y se había sentido presa de un desfallecimiento tal, que ni fuerza tuvo para cogerse a una de las sillas colocadas junto a la

puerta cerca de la cual se había detenido.

—¡Oh, Dios mío, estamos perdidos!, exclamó cayendo desplomada sobre una de aquellas sillas, con la mirada extraviada, inconsciente, aterrada.

—En fin, veamos ¿qué desea usted, señora?, preguntó el barón, sordo a toda piedad.

Manuela, en el exceso de su angustia, encontró todavía un poco de valor.

—Mi decepción, dijo, es espantosa, ya lo ve usted; creía, estaba segura de que usted se hallaba al corriente de todo... Rolando me lo había afirmado y en el momento en que lo perdí, sus últimas palabras fueron para repetírmelo, para enviarme a usted... Y a usted he venido como a mi único protector..., a mi único amigo.

—Pero ¿de dónde viene usted?

—De México y soy la viuda de su primo.

—¿Rolando se había casado?

—Hace siete meses.

—¿Sin decirnos nada, sin dar de ello conocimiento siquiera a su padre?

—Nuestro matrimonio fué secreto; tampoco yo pedí al mío...

—¿La autorización que, sin embargo... ¿Qué edad tiene usted, señora?

—Pronto cumpliré veinte años.

—Ya me lo parecía... ¿De modo que en su tierra los magistrados civiles casan a las jóvenes de la edad de usted sin previo consentimiento paterno?

—En mi país, la gente se casa en la iglesia y cuando el sacerdote ha bendecido la unión...

—¿El matrimonio es válido?... Aquí la cosa es más complicada, afortunadamente para los hijos de familia... Pero en fin, no discuto si Rolando tenía la edad necesaria para prescindir de la autorización. Si se casó con usted regularmente según la ley mexicana, no tiene usted más que hacer valer, regularmente también, sus derechos y los de su hijo; si son reales, lo que no me permitirá discutir a la ligera, el conde de Aspremont verá lo que ha de hacer; pero ya comprenderá usted, sin que yo quiera insistir sobre este punto de un modo que sería penoso para usted y severo para aquel cuyo nombre dice usted llevar, que hasta entonces nuestra reserva absoluta para con usted no es sino una prudencia tan natural como legítima.

Y se levantó en actitud de despedirla.

—¡Ah, caballero, por favor! ¡Por la memoria de su primo que le quería y ponía en usted toda su confianza, que me envió a usted y que le escribió, se lo juro, comunicándole confidencialmente nuestro enlace!.. ¡Dios mío! ¿Cómo no recibió usted esa carta? ¿Se extravió?... Sin embargo, había sido escrita se lo juro. ¡Si usted nos abandona!, añadió con inmenso desaliento... ¡Usted era nuestra única esperanza, nuestra salvación!

Los sollozos, que ya no podía reprimir, entrecortaban sus palabras.

—Mi padre me ha arrojado de su casa...

«Ah, pensó Lorgerac, el hombre de la carta no ha mentado. Ahora empieza la comedia.»

Y provocando él mismo el relato que ahora más que nunca se obstinaba en calificar de cuento, díjole:

—Su padre la ha arrojado... Sin duda le parecía también demasiado sumaria esa manera de casarse... Pero este incidente, desgraciado para usted, no modifica su situación... Con la misma facilidad con que en México se casan deben poder los contrayentes presentar los documentos bastantes para demostrar la autenticidad legal de esa... ceremonia religiosa... Seguramente no habrá venido usted de tan lejos sin haber traído esos documentos, que nos permitirá usted hacer comprobar.

Manuela le miró con una expresión capaz de enternecer a una fiera, pero que resbaló impotente sobre aquel corazón implacablemente armado por lo más feroz del mundo, un interés egoísta.

—No, balbuceó la infeliz, no tengo nada...

—Pues cuando los tenga.

Y con un movimiento significativo dirigióse hacia la puerta del despacho.

—Caballero, escúcheme usted aún... Es atroz esta situación en que me encuentro... ¡Se lo ruego! No por mí, pues mi sacrificio está hecho y si estuviese sola en el mundo no me habría visto usted... Cuando se han apurado todas las desdichas hay siempre un medio de libertarse... ¡Por mi hijo, que es un Aspremont, de la misma sangre de usted! ¡Por él me condenó Rolando a vivir; por él conjuro a usted!..

—Señora, no me explico ese tono ni esas lágrimas; ya le he dicho que haga valer sus derechos.

—Y yo le he contestado que me faltaba todo. La iglesia en donde me casé, ha sido el lugar en donde la desgracia se ha encarnizado luego en contra mía; allí fué herido de muerte Rolando; allí se trabó un combate espantoso, después del cual no se encontró en el registro el acta de mi matrimonio, la que habíamos firmado el sacerdote, Rolando, yo y los testigos...

—Siendo así, en un país tan poco formalista, debe ser fácil reconstruir por medio de los testigos...

—Es imposible; el sacerdote murió, el testigo francés, el teniente de Albigny que usted acaso conocía...

—Sí, ha muerto también. Y por supuesto, añadió con diabólica sonrisa, el otro testigo tampoco vive.

—Sí, éste vive.

—Pues entonces dígame usted el nombre de ese caballero a quien incumbe la delicada misión de reemplazar, él solo, a un registro, a un celebrante y al otro testigo desaparecidos.

¿Tenía el barón en su voz un acento caracterizado de altiva sorna? Manuela le miró desatinadamente y como preguntándole «usted que dice ignorarlo todo

¿conoce usted todo lo que me anonada?» Y desesperada respondió:

—El otro testigo es un viejo criado de mi casa a quien en México no quise nombrar porque mi padre le habría arrojado también y el pobre, al recibir este golpe, habría muerto...

—Como los demás ¿no es verdad?

El barón de Lorgerac sabía ya cuanto deseaba saber. Todo lo que aquella mujer afirmaba, se lo había indicado antes la carta avisadora; su relato era el relato anunciado. ¿Por qué, pues, no sería asimismo verdad todo lo demás, todo lo que Manuela no confesaría nunca? De todos modos, la aventurera había descubierto sus baterías y ahora era cuestión de poner término cuanto antes a la comedia que, desde hacía unos momentos, tomaba el carácter de un melodrama. Por esto, cambiando bruscamente de tono, habló así:

—Hasta ahora he escuchado a usted pacientemente; ahora, escúcheme usted a mí y escúcheme bien. Aquí no está usted en México, sino en Francia, en un país en donde para tener el derecho de llamarse esposa legítima de un francés hay que presentar algo más que el testimonio de un individuo del que usted misma dice que no se atrevió a aducirlo en el país en donde podía apreciarse su valor moral.

—¡Oh, caballero!

—Permítame, no he terminado todavía. Fáltame dar a usted el caritativo consejo de no repetir la tentativa que, en mi despacho, no puede tener malas consecuencias, pero fuera de él podría tenerlas graves, a lo menos para usted. En Francia, nadie tiene derecho a ostentar un nombre que pertenece a otro, señorita doña Manuela Casteras, pues, si no recuerdo mal, así se llama usted; por consiguiente, guárdese bien de dar como suyo el nombre de Aspremont, que no es el de usted, que era el de mi madre y que tengo el derecho de preservar de todo contacto equívoco...

¡Ah, aquello era ya demasiado! Manuela, en un grito de rebeldía, exclamó:

—¡Es mío, es el nombre que llevaba mi marido y que llevará mi hijo!

—¿Cuál hijo? ¿El que no ha nacido todavía o el que no esperó para venir al mundo que usted conociese a de Aspremont?

Y aprovechando el estupor de la infeliz, añadió:

—¡Vamos, señorita Casteras! Ya comprende usted que la conocemos y la desenmascaramos. La estratagemas le ha salido a usted mal, enteramente mal, y hará usted bien en no proseguirla.

—¡Pero esto que usted me dice es monstruoso, atroz... es una locura, sí una locura!

—Es, sin embargo, cuanto tengo que decir a usted, advirtiéndole que la ley francesa es dura con las aventureras que vienen del extranjero a traer al seno de las familias la inquietud y la perturbación.

Y su voz elevábase violenta, imperiosa, sin dar tiempo a que los descoloridos labios de la pobre mujer formularan la desesperada protesta que intentaba balbucear.

—La ley francesa procede sumariamente con las aventureras extranjeras y por simple medida administrativa, sin debates judiciales, sin dejar que se produzca el escándalo que aquéllas quisieran provocar, las envía a la frontera escoltadas por gendarmes... Conque ya lo sabe usted... Que vuelva yo a oír hablar de usted; que mi tío, porque también en nombre suyo la aviso, sea objeto de cualquiera tentativa de *chantage*, sea por medio de visita o de intermediario; que yo sepa que ha pronunciado usted el nombre de Aspremont para escudarse con él ó para hacer creer en una alianza con nuestra familia... y juro a usted que quince minutos después estoy en la Prefectura de policía y que el mismo día es usted detenida y expedida en el primer tren... Y ahora, no teniendo nada más que decirle...

Llamó y al criado que entró y que miraba con asombro a aquella mujer, que más muerta que viva, se había nuevamente desplomado en la silla, como presa de vértigo, le dijo:

—José, acompañe usted a esa señora y que el portero se fije bien en su fisonomía; ni mi tío ni yo esaremos nunca en casa para ella.

Y para evitar un nuevo incidente salió por la otra puerta, dejando a la desdichada Manuela sola con el criado.

—¡Vamos, señora, decía éste con cierta compasión mezclada con el temor, de no incurrir en el desagrado de su amo. Venga usted... es preciso que se marche.

Manuela nada contestaba; la vida sólo se manifestaba en ella por cortos estremecimientos que daban a su rostro bañado en sudor una expresión de sufrimiento agudo.

—Señora, no querrá usted exponerme a un disgus-

to y yo no quisiera proceder brutalmente, porque al fin y al cabo no somos unas fieras...

Esta vez Manuela pareció darse cuenta. Miró de un modo indefinible a aquel criado, único que le habló con voz compasiva en aquella casa en donde ella creyó ser recibida con los brazos abiertos y procurando levantarse con grandes esfuerzos, díjole:

—Sí, me voy...

Pero un nuevo ataque de aquel mal repentino que había inundado su frente con un sudor de agonía, pareció desgarrarle el pecho.

—¡Ah, me siento mal, muy mal!, murmuró dejándose caer de nuevo sobre la silla.

Pero aquellas crisis eran pasajeras casi instantáneas, porque otra vez se levantaba asombrada de que aquellos dolores calmasen.

—¡Me voy, me voy!

Y tambaleándose seguía a aquel hombre que le indicaba el camino, bajaba inconsciente la escalera y llegaba a la puerta monumental. Allí hubo nuevamente de detenerse y de apoyarse en la pared; pero de nuevo cesó el dolor y salió a la calle. Trastornada la cabeza, dió algunos pasos al azar y entró en la calle del Sena; pero de pronto lanzó un grito horrible y cayó desplomada, vencida por el mal, entonces insoportable, que torturaba todo su cuerpo. El dolor que la atenaceaba hacíase por momentos más atroz y la infeliz, tendida en la acera sólo tenía fuerzas para gemir.

Formóse en seguida un grupo a su alrededor.

—Será una crisis nerviosa, decían unos.

—O un ataque epiléptico.

—¡Qué ha de ser!, exclamó una mujer que se había acercado para socorrerla. ¿No ven ustedes que esa pobre señora está a punto de ser madre?

#### VIII.—EN LA CALLE DEL ESCALDADO

Tenía razón la buena mujer. Bajo el espantoso e inesperado golpe que la había trastornado hasta lo más profundo de su ser, Manuela, inconsciente aún de aquella misteriosa tormenta, había sentido desprenderse, como fruto apenas llegado a la madurez que la tempestad arranca del árbol, el ser que ella no esperaba hasta dentro de dos meses. Y al hacerse cargo de la realidad, lanzó otro grito de espantosa sorpresa.

¡Su desgracia era aún mayor de lo que se había imaginado! Allí, en una calle de la ciudad desconocida, maldita, había ido a caer para dar a la multitud un espectáculo de sufrimiento humillante, odioso, atroz. Y como respondiendo a los terrores que la enloquecían, mientras el dolor la torturaba sin descanso, aquella mujer le preguntó:

—Veamos señora ¿dónde hay que avisar?

—No sé, respondió aturdida.

—Pero bien debe usted tener...

Iba a decir un marido, pero al fijarse que aquella mano pálida que entre las suyas sostenía no ostentaba ningún anillo, pensó que acaso no estaba casada y añadió rectificándose prudentemente.

—Bien debe usted tener un domicilio.

—Vivo en el hotel, balbuceaba la infeliz entre gemidos..., en la Cruz de Provenza...

—Pues de aquí allá hay media hora y en el estado en que se encuentra...

—Lo más sencillo, opinó la buena mujer que parecía tomar bajo su protección a aquella desconocida, es llevarla a casa de una comadrona que vive aquí cerca, en la calle del Escaldado... No estará como en el palacio de Rothschild, pero mejor que aquí desde luego.

—Dice usted bien, en casa de la señora Lardinois que tiene pensionistas.

Dos o tres hombres de buena voluntad levantaron a la enferma que, para no gritar, se mordía los labios hasta hacer saltar de ellos sangre y que, inerte, casi sin sentido, se dejó conducir y la llevaron a casa de la señora de Lardinois.

En aquella sombría calle del viejo París estaba instalada la casa de la comadrona adonde acudían las mujeres pobres y las vergonzantes, que entraban en ella furtivamente y permanecían allí unos días..., una semana. Y Dios sabe cuánto habían costado las más de las veces de reunir, sueldo por sueldo, los ochenta o cien francos que debían pagarse por adelantado.

La señora Lardinois, de nombre Serafina, comadrona de la Facultad de París, había llegado a la edad en que los cabellos empiezan a encanecer y la pata de gallo denuncia una madurez ya imposible de negar. ¿Había sido guapa en otro tiempo aquella matrona de encendido color, de recia musculatura, de palabras fuertes, que gobernaba su establecimiento, como ella le llamaba, más bien con los aires de un cabo de escuadra que con la suavidad de una enfer-

mera? Si lo había sido, nadie lo sospecharía ahora; y sin embargo la crónica afirmaba que hubo una época, muy remota ciertamente, en que la señora Lardinois, a quien entonces llamaban más familiarmente la gruesa Serafina, era una linda morena que había tenido tratos íntimos con el personal de las Facultades en otros sitios que en la Maternidad en cuyas clínicas estudiaba y que se había divertido en grande en todas las tabernas, cervecerías y bailes del barrio Latino.

Pero de esto hacía muchos años y la lucha diaria por la existencia había hecho olvidar a Serafina todos aquellos devaneos. Porque la verdad es que era difícil ganarse la vida, y ganársela mal, en aquella calle obscura y plebeya y en aquella casa de pobre e irregular parroquia, en donde la modicidad de la pensión justificaba la aspereza de la dueña; en donde había que sostener un continuo combate para sonsacar a las clientes algún suplemento imprevisto; en donde constituía un trabajo de precisión el confeccionar y repartir los caldos claros y los alimentos indefinidos matemáticamente; y en donde la llegada de una nueva pensionista era una ganga que representaba por lo menos ochenta francos ¡la fortuna! ¿La fortuna? Mejor que esto ya que con aquel dinero podía darse algo a cuenta al carnicero o al panadero que amenazaban siempre con no fiar un céntimo más. Por esto fué en aquella casa un verdadero acontecimiento la llegada de Manuela.

—¡Señora, señora! Traen a una mujer, gritó la criada que, con la dueña, atendía a todo el servicio del establecimiento.

—¿Que traen una mujer? ¿Y por qué?

—Porque va a dar a luz.

—¡Diantre! ¿Y cómo es?

—Parece muy enferma.

—No pregunto esto sino de dónde y cómo viene y cuál es su aspecto.

—Joven y bonita y aunque no elegante, muy limpia. Parece que tiene algún dinero y que vive en un hotel de la ciudad Bergere.

—¿Entonces no será de aquí?

—Es de suponer ya que habita en un hotel.

—¿Y viene de allí?

—No, el ataque le ha sorprendido en la calle, cerca de aquí y las gentes del barrio la traen.

—¡Diantre, diantre! ¿Pues sabes, Palmira que es un bonito negocio? Anda, prepara la habitación del primer piso, la buena.

—¿Hay que poner la alfombrita?

—La alfombrita, el tapete de la mesa y una funda de festón en la almohada... ¿Queda todavía alguna limpia?

—Tiene usted suerte; hoy la lavandera ha traído dos.

—Corriente. Date prisa, mientras yo voy a recibir a esas gentes. ¿Sabes que quizás podremos ganarnos dos o trescientos francos? ¡Dios de Dios! ¡Y lo bien que vendrían!

Y Serafina Lardinois corrió a la escalera gritando desde el descanso:

—Ya pueden subir; hay un hermoso cuarto en el primer piso.

Aquel «hermoso cuarto» ¡cuán pobre y triste era a pesar de la alfombrita que Palmira se había apresurado a tender en el suelo!

¿Pero qué importaba aquella pobreza glacial? ¿Acaso la desdichada mujer a quien acababan de acostar en aquella cama se hallaba en estado de hacerse cargo de otra cosa que del dolor atroz que la atormentaba?

—¡Es una niña!, anunció al fin la señora Lardinois.

Y al último gemido de la madre, gemido que ahora era de gozo y de alivio, respondía un grito agudo, el que exhala, al aspirar la primera bocanada de aire, la delicada criatura que comienza con un lamento su aprendizaje de la vida.

—¡Una niña!, suspiró débilmente la enferma con ardiente efusión de ternura.

—Y muy hermosa, respondió Serafina; no abulta lo que media libra de manteca, pero se mueve como azogue.

Y acercando a la madre aquella criatura, aquel paquetito de carne arrugada al que, con su habilidad profesional, acababa de lavar y envolver entre pañales, díjole:

—¡Vamos, es usted como todas! No estará usted satisfecha hasta que haya besado a esa buena pieza... Por ahora, conténtese con esto, pues nos llevamos a esa señorita para que usted y ella descansen... Y ¡yo también, murmuró entre dientes... ¡Diantre, bien me lo he ganado!

—¡Oh, tesoro mío adorado!, balbuceaba la madre radiante de gozo. ¡Oh, mi Rolanda!

—Rolanda, bonito nombre... Y ahora, añadió cogiendo a la chiquilla, se acabó. ¡Adiós mamita! A dormir, que bien lo necesita usted después del día y de la noche que hemos pasado... No ha sido cosa de broma, y además ya se lo dije a Palmira, porque es el B, A, BA del oficio darse cuenta en seguida de esto. ¿Primeriza tenemos? Pues pasaremos la noche en claro... Pero basta de charla. Dentro de dos o tres horas le traeré a usted un caldo..., ligero, a causa de la fiebre de la leche que se presentará esta tarde... Ya se le cierran los ojos..., vámonos.

Y en efecto una somnolencia invencible se apoderaba de la joven madre. A la terrible batalla de aquellas veinticuatro horas de tortura sucedía una reacción de aniquilamiento que apenas había dejado oír a Manuela las últimas palabras de la comadrona. Estaba en la región de los ensueños y muy pronto no sería ya el ensueño sino el sueño profundo, pesado, que pone en las sienes un poco de trasudor y en los labios un poco de púrpura; el sueño bienhechor que triunfa de los sufrimientos, de los terrores y de las desesperaciones.

En un cuarto contiguo Serafina ocupábase de la niña y hablaba con Palmira.

—¿Conque no hay manera, decía ésta, de hacer que la nueva pensionista diga su nombre?

—Espera a que haya dormido una o dos horas y tomado su caldo; esto le desatará la lengua. Pero más que la lengua me interesa desatarle otra cosa, los cordones de su bolsa.

—En primer lugar, no es bolsa, sino cartera.

—¿También tú has observado?...

—¡Ya lo creo! La llevaba debajo del vestido; no era fácil que los ladrones se la escamoteasen...

—¿Y has visto si al desnudarla la ha cogido?

—Aunque mordía las sábanas para no gritar, no ha quedado relativamente tranquila hasta que la ha escondido debajo de la almohada.

—Es cierto y para pensar en esto en tal ocasión...

—Es de suponer que habrá en la cartera unos cuantos billetes de a mil.

—¿Cuánto piensa usted pedirle por su asistencia? La verdad es que la cosa no ha sido fácil.

—Dependerá del tiempo que esté aquí.

—Me figuro que no la soltará usted hasta que ya no sea posible retenerla.

—Además, no creas que todo haya terminado; esta misma noche te convencerás de ello.

—¿Qué, me hará velar?

—Podiera muy bien ser, porque seguramente tendrá una gran calentura y después de este acceso, que puede durar muchos días, quién sabe lo que tardará en poder levantarse.

—¿Qué es lo que le hace suponer que esa señora va a estar tan enferma? Al fin y al cabo por aquí han pasado muchas que no han tardado tanto en largarse.

—Pero no habían pasado por un trance tan duro..., porque has de saber que ha habido un momento en que he tenido miedo y he estado a punto de enviarte en busca de un médico.

—La verdad es que el caso se presentó difícil.

—Y no sólo esto, sino que esa mujer ha debido sufrir un gran trastorno que ha precipitado el alumbramiento; lo mucho que ha padecido, la pequeñez de la niña...

—Es verdad.

—Si esa criatura no es sietemesina..., te autorizo para llamarme imbécil.

—En fin, sea como sea, lo que conviene es que esté aquí el más tiempo posible... Bien le cobrará usted quince francos diarios.

—Y también veinte, si puedo.

—Y con que esto dure un mes o dos...

—Sería demasiada suerte..., pero lo mismo da. Y ahora a la agencia por una nodriza; veremos si por este lado podemos también pescar algo.

Dos horas después la señora Lardinois entraba en el cuarto de Manuela llevando en la mano una taza de caldo «ligero.» Al ruido de la puerta bruscamente empujada, la enferma, despertada de pronto, había abierto los ojos y hecho un ademán de estupor, de espanto. En aquella habitación desconocida, en aquella cama donde yacía aniquilada, no pudo, en el primer momento, recordar nada de lo que le había sucedido; pero de repente recobró la memoria y con ella el sentimiento de su inmensa desdicha, de su horrible aislamiento, y el rubor tiñó sus mejillas.

—No tema usted, soy yo, díjole Serafina acercándose a la cama. Ea, beba usted esto para empezar, y pronto.

Manuela, intimidada, pasiva, obedeció dócilmente. —Perfectamente, nada tan bueno como un caldo para reponerse de tan fuerte arrechucho.

Y dejando la taza en un velador, y cogiendo una silla, instalóse sin cumplidos junto a la cama y su

mirada escrutadora se fijó con insistencia en aquel rostro, en el que se trataba de leer como en un libro abierto.

—Ahora charlemos un poco. Usted...

—¿Y mi hija?, preguntó ansiosamente Manuela interrumpiéndola.

—Está ahí al lado; hace un momento se ha levantado de la mesa y crea usted que tiene buen apetito.

—¡Ah!, exclamó la madre con alegría.

—Pronto podrá usted preguntárselo al ama.

—¿Y por qué no ahora mismo? ¿Por qué no me la traen?

—Porque duerme y hay que dejarla dormir, y además porque ahora se trata de usted. Se hospedaba usted, según me han dicho en un hotel de la ciudad Bergere.

—Sí, señora, en la Cruz de Provenza.

—¿Es usted extranjera?

—Sí, señora.

—¿Española? Me lo ha parecido por el acento.

—Soy de México.

—¡Diantre! ¿Y hace mucho que está usted en París?

—Desde ayer; es decir, no, desgraciada de mí; me olvidaba del tiempo que estoy en esta casa; llegué anteanoche.

—Pues su familia debe estar con cuidado.

Y no pudiendo comprender la expresión angustiada de Manuela, añadió:

—Pero ya le avisaremos.

—¿A quién?

—¿A quién?, repitió asombrada la comadrona. Pues a su marido, a su amante, a quien sea.

—Soy viuda, señora.

—Pero bien tendrá usted...

—Estoy sola, respondió con acento desgarrador; sola en el mundo con mi hija.

—¿Pero cuenta usted con recursos?

—¡Ah! Eso sí; tengo con que pagar a usted.

«La cartera de bajo de la almohada, pensó Serafina. No será un mal negocio.»

Y con la serenidad del general que improvisa un plan nuevo en plena batalla, replicó:

—¡Pagarme! No se trata de esto, pobre señora; si me conociese sabría que conmigo todo el mundo se arregla... Si le he hecho aquella pregunta ha sido para hacerme algo cargo de su situación y luego para darle un buen consejo. ¡Qué diantre!, añadió procurando suavizar las asperezas de su voz masculina. ¡Qué menos puede hacerse que interesarse por una pobre señora tan joven y tan linda y que tanto miedo tiene a ese París que es tan grande! Pero ya no está usted sola en París, porque ya me tiene a mí para hablar de sus desventuras... ¿Y a qué ha venido usted a París?

Esa pregunta no obtuvo respuesta. No iba Manuela a confiarse a aquella desconocida, de extravagantes familiaridades de quien nada sabía, ni siquiera el nombre. Y luego ¡confiarse!. ¿A quién se atrevería ahora a pedir consejo o ayuda? En su memoria aterrada, aun sonaban las amenazas de aquel hombre que la había ultrajado y calumniado. ¡Aquellas calumnias sobre todo, tan infames, tan innobles!.

En su mente extraviada todo era incertidumbre, irresolución, enloquecimiento; sólo una idea, una preocupación flotaba en ella: la niña, que no tenía padre ni familia, que no la tenía más que a ella y por la cual era preciso vivir. Además, aquella niña era Asprenont y Dios no se la había dado para condenarla implacablemente a la peor desgracia, la desgracia inmerecida. Ella sí había faltado a la ley divina que dice: «obedecerás a tu padre,» y había sido por ello castigada terriblemente; pero en la ingenua piedad de Manuela había también fe y esperanza; y puesto que su hija era inocente, Dios, que es justo, no sería siempre implacable y el castigo de la madre no pesaría nunca sobre ella. Y ante la visión de aquel porvenir de dolor y de expiación, pero también de esperanza, lanzó un profundo suspiro.

—Vamos, dijo la señora Lardinois, veo que quiere guardar para usted sus secretitos; sus razones tendrá para ello y no soy quién para meterme en sus asuntos; pero esto no obsta para que una haga, si puede un favor... Usted es, en mi concepto, una excelente persona con un gran pesar... ¿He acertado? Otro suspiro, que era una confesión, fué la respuesta de Manuela.

—Sí, sí, ya sé lo que son estas cosas, pobre niña. Figúrese si habré visto aquí mujeres que lloraban, que se desolaban, que se figuraban que todo estaba perdido para ellas y que cerraban el pico; pero que luego acababan por confesarse conmigo y lograban un buen consejo. Usted hará como las demás cuando llegue el momento oportuno; mas en el entretanto hay que empezar por no hacer tonterías.

(Se continuará.)

## LA HUELGA DE LOS MINEROS DE CARBÓN EN INGLATERRA



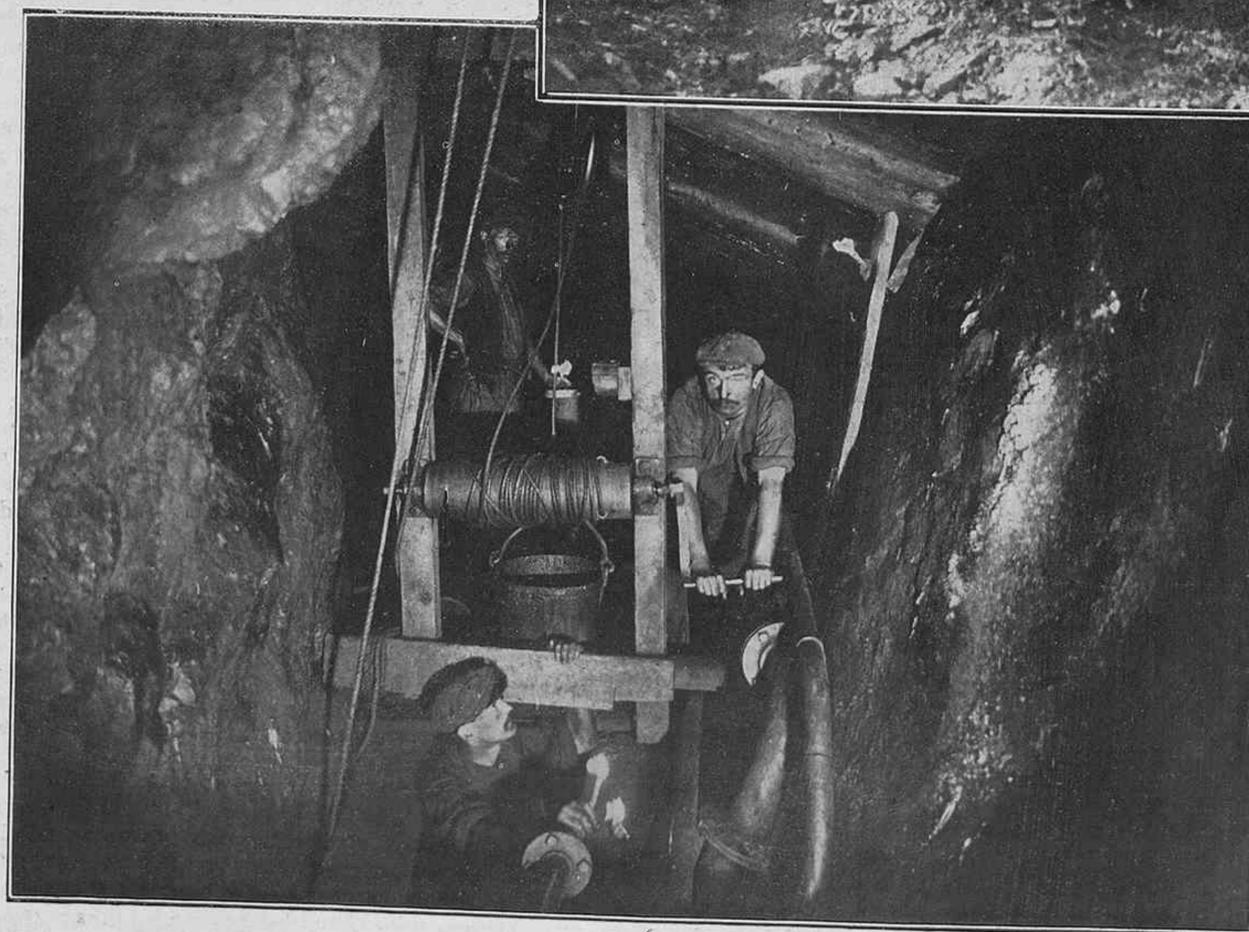
Mr. C. B. Standon (x)  
uno de los principales directores de la huelga  
(De fotografía de Harlingue.)

De todos los conflictos que la lucha entre el capital y el trabajo ha originado, ninguno tan importante como el planteado en Inglaterra actualmente por los mineros del carbón. La huelga que tiene paralizados desde hace más de quince días los trabajos de las minas hulleras de la Gran Bretaña, es de gravedad y de trascendencia no sólo nacionales, sino también mundiales, porque sus consecuencias no se limitan únicamente a la clase de obreros que la ha declarado, ni siquiera al país en que se ha producido, sino que se extienden a todas las ramas de la actividad humana y repercuten en otras muchas naciones.

El carbón es hoy por hoy el alma de la industria moderna, y la crisis que su falta o simplemente su escasez determina, afecta a todos los órdenes de la vida y puede dar lugar a trastor-



Familias de obreros huelguistas reco-  
giendo residuos de carbón para su  
consumo doméstico. (De fotografía de  
World's Graphic Press.)



Obreros trabajando en el interior de las minas  
(De fotografía de World's Graphic Press.)

nos que lleguen a revestir las proporciones de verdaderas catástrofes. No era, pues, exagerada la afirmación del diario londinense *The Times* cuando pocos días antes de estallar la huelga decía que Inglaterra no ha corrido desde los días de la armada «Invencible» un peligro tan grande como el que en estos momentos la amenaza. Y este peligro amenaza asimismo a otras muchas naciones que en gran parte se surten de carbones ingleses y cuya normalidad ha de alterarse profundamente si no se halla pronto una solución eficaz para el gravísimo conflicto.

La causa determinante de éste ha sido la exigencia de los obreros de que se les fije un salario mínimo variable según las localidades. Los de Gloucestershire y Somerset piden 4 chelines 11 peniques (6'12 pesetas) diarios; los del Norte de Gales, Notts, Derbyshire y Yorkshire, 7 chelines 6 peniques (9'37 pesetas); los de Escocia, 6 chelines (7'50 pesetas); y los del Sur de Gales, 7 chelines 2 peniques (8'95 pesetas). Y con estas peticiones acompañaron la declaración de que, de no ser atendidos en sus demandas, se declararían en huelga a partir del día 1º de este mes.

Un gran número de patronos, el 60 por ciento, declararon desde luego que aceptaban aquellos salarios mínimos; pero el 40 por

ciento restante los rechazaron en absoluto por entender que esta reforma significaba para ellos la necesidad de abandonar la explotación de las minas.

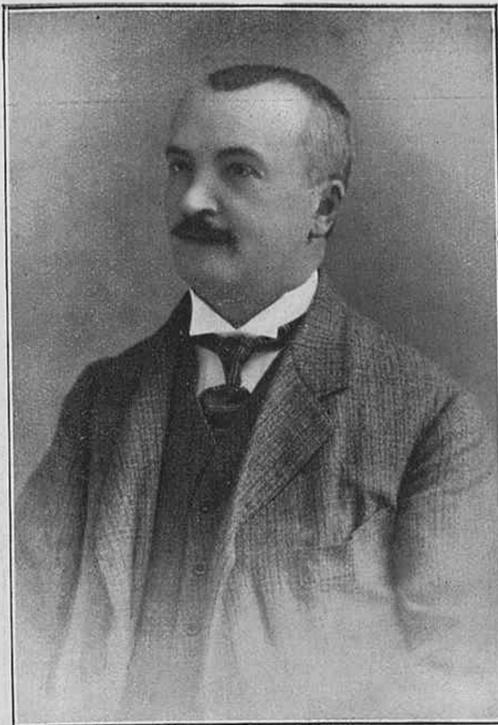
El gobierno, comprendiendo desde los primeros momentos la gravedad excepcional que revestiría el conflicto en caso de que estallase la huelga anunciada por los mineros, tomó cartas en el asunto promoviendo reuniones y conferencias mixtas de patronos y obreros para ver de llegar a una inteligencia. Pero los buenos oficios de Mr. Asquith, presidente del Consejo de ministros, se estrellaron ante la intransigencia de las dos partes contendientes.

Las negociaciones no dieron, pues, resultado alguno, y el día anunciado dejaron de acudir al trabajo todos los mineros de Inglaterra, en número de cerca de un millón.

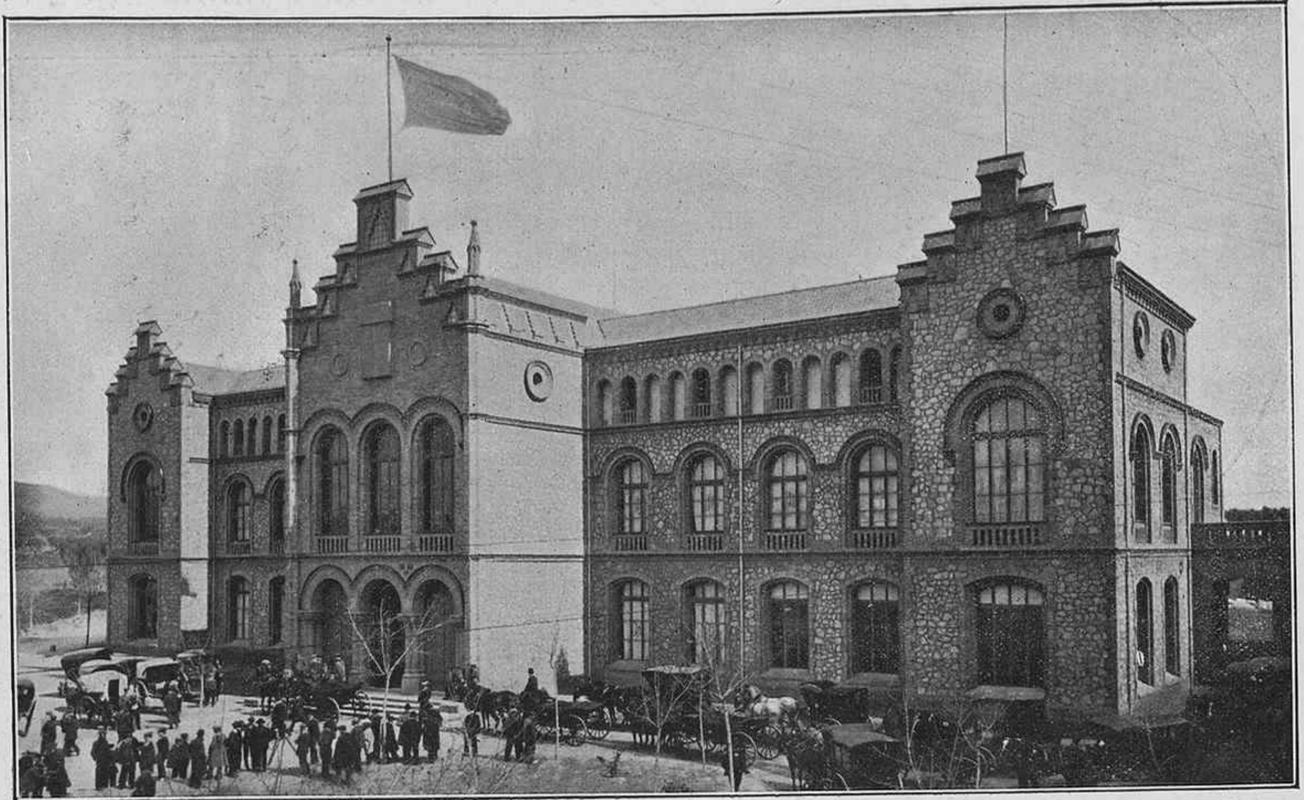
No tardaron en dejarse sentir las consecuencias de la huelga, que han ido haciéndose cada día más graves: centenares de fábricas han tenido que cerrarse por falta de combustible, quedando en huelga fuerza millares y millares de obreros; las compañías ferroviarias han suspendido una gran parte de sus trenes y las de navegación algunos servicios de vapores, y la falta de carbón se ha dejado sentir en los pequeños talleres y aun en las casas particulares. De prolongarse unos días más esta situación, el desastre sería espantoso.

Por fortuna, las últimas noticias permiten esperar que se encontrará en breve una solución a tan inmenso conflicto. Reanudadas las conferencias entre el gobierno y los representantes de patronos y obreros, parece que se llegará a una fórmula de avenencia que satisfaciendo las aspiraciones de los huelguistas, garantice los intereses de los propietarios.

EL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN TARRASA



D. José Baltá de Cella,  
director de la Escuela Industrial de Tarrasa



Vista de la Escuela Industrial de Tarrasa

Con objeto de presidir la inauguración de unos nuevos talleres en la Escuela Industrial de Tarrasa y la distribución de premios entre los alumnos de dicha escuela del curso de 1910 a 1911, ha permanecido algunas horas en Barcelona y en aquella ciudad el que era entonces ministro de Instrucción Pública Excmo. Sr. D. Amalio Gimeno. Ha sido aquél el último acto oficial a que ha asistido el ilustre hombre público, pues a su llegada a Madrid, de regreso de su breve excursión, halló planteada la crisis a consecuencia de la cual ha cesado en el desempeño de su cartera.

Llegó el Sr. Gimeno a esta ciudad en la noche del sábado, 9 del actual, siendo recibido en la estación por todas las autoridades, representantes de corporaciones oficiales y particulares y otras muchas personas distinguidas, y dirigiéndose al Gobierno civil, en donde, después de una pequeña recepción, retiróse a descansar.

A la mañana siguiente, el ministro, acompañado de las autoridades y de numerosas representaciones oficiales, salió para Tarrasa, en donde le esperaban las autoridades y corporaciones locales y un público numerosísimo, que saludó al Sr. Gimeno con una nutrida salva de aplausos, mientras una banda militar ejecutaba la marcha Real y fuerzas de la guardia civil tributaban al ilustre viajero los honores de ordenanza.

Encaminóse la comitiva a la Casa de la Ciudad, dando allí el alcalde la más cordial bienvenida al ministro, quien contestó agradeciendo en sentidas frases el recibimiento que se le dispensaba. Luego fueron obsequiados los expedicionarios con un lunch, terminado el cual dirigieronse a la Escuela Industrial, soberbio edificio que se levanta en el ensanche de la población.

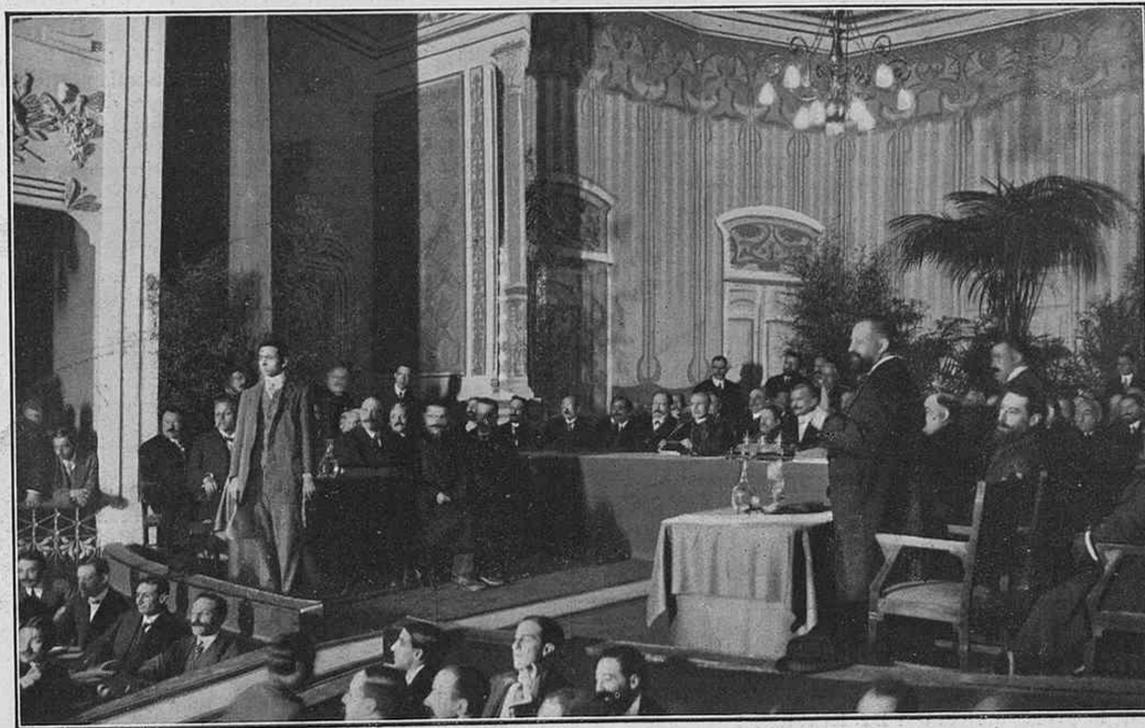
Recorrió el Sr. Gimeno algunas cuadras que ya funcionaban y después pasó a la que había de inaugurarse, denominada Platt por estar en ella instaladas las magníficas máquinas

modernas que se emplean en la preparación e hilatura del algodón y que han sido regaladas a la Escuela por lo casa Platt Brothers, de Manchester, por mediación del agente de ésta en Barcelona D. Isidoro Dietlin. En uno de los testeros de la cuadra véase una lápida en mármol con una inscripción que

nunciando luego un hermoso discurso, al que contestó con frases muy sentidas el Sr. Gimeno. El diputado a Cortes y comisario regio de la Escuela Industrial D. Alfonso Sala, después de agradecer al obispo y al ministro su asistencia a aquel acto, rogó al segundo que puesto que él había firmado la concesión de la encomienda de Isabel la Católica a uno de los gerentes de la casa Platt, el Sr. Diggle, que estaba allí presente, fuese él quien personalmente le entregase las insignias. Así lo hizo el señor Gimeno, prodigando laudatorios conceptos a la casa Platt y expresando la satisfacción que en aquel momento sentía, mayor que la que había experimentado al firmar el decreto. Después de algunas frases de gratitud del Sr. Diggle, el ministro y sus acompañantes recorrieron las dependencias y clases de la Escuela, viendo funcionar la maquinaria, y después se dirigieron al teatro Principal, en donde se efectuó la distribución de premios.

El acto, que presidió el señor Gimeno, fué solemnísimos. Comenzó leyendo el profesor de la Escuela Sr. Vacarizas un notable trabajo sobre la misión de las clases directoras de las poblaciones industriales en las cuestiones sociales modernas; luego el secretario Sr. Ferrer leyó una memoria explicativa de la labor realizada durante el curso anterior y seguidamente procedió por el ministro a la entrega de los premios. Terminó el acto con elocuentes discursos que pronunciaron el Sr. Sala y el Sr. Gimeno.

Después del reparto de premios celebróse en el salón del Círculo Egarense un banquete de 400 cubiertos que presidieron el ministro, el general Weyler y el Sr. Portela y a cuyo final brindaron el Sr. Sala, el director de la Escuela Industrial Sr. Baltá de Cella y el Sr. Gimeno. - T.



Solemne distribución de premios entre los alumnos de la Escuela Industrial del curso de 1910 a 1911, celebrada en el teatro Principal el día 10 de los corrientes y presidida por el Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública D. Amalio Gimeno. (De fotografía de A. Merletti.)

recuerda tan espléndido donativo y la gratitud de los egarenses a los generosos donantes.

Debajo de la lápida habíase erigido un altar provisional en donde el señor obispo de la diócesis Dr. Laguarda, revestido de los sagrados hábitos, bendijo el local y la maquinaria, pro-

**CITRATO EFERVESCENTE "KING"**  
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO  
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES  
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO  
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

**DICCIONARIO**  
de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holz.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS RES**  
**JORET HONOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

## EL VIAJE DE ENRIQUE BORRÁS A AMÉRICA



Enrique Borrás y Santiago Rusiñol a bordo del vapor «Ciudad de Cádiz» en el que el primero ha embarcado con su compañía para América.

El día 6 de los corrientes se embarcó en Barcelona, en el vapor *Ciudad de Cádiz*, con rumbo a América, el eximio actor Enrique Borrás, acompañado de su compañía, en la que figura la notable y hermosa actriz Ana Adamuz. Le despidieron a bordo numerosos amigos y artistas, entre ellos Enrique Morera, Miguel Utrillo, Olegario Junyent, etc.

La excursión por el Nuevo Continente será un poco larga, probablemente dos años. Borrás visitará la Argentina, Chile, Cuba, México y las principales ciudades de la América del Norte, en donde trabajará, en castellano, con una compañía inglesa, de la misma manera que el eminente Salvini trabajó en italiano con cómicos ingleses.

Dos días antes de embarcarse dió en Barcelona, en el teatro Principal, una función de despedida a beneficio de la viuda del que fué actor del teatro catalán, Enrique Martí. El teatro se llenó de bote en bote, y algunos centenares de personas quedaron en la calle sin poder entrar en él, desde mucho antes de empezar la representación. La interpretación del papel de Laurencio, el protagonista del melodrama *La muerte civil*, le valió repetidas ovaciones, que se reproducirán probablemente en Canarias, en donde piensa Borrás detenerse para dar una representación, con objeto de romper un poco la monotonía del viaje.



Enrique Borrás y los principales actores de su compañía a bordo del vapor «Ciudad de Cádiz» en el puerto de Valencia. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

Durante la corta escala que el *Ciudad de Cádiz* hizo en Valencia el día 7, pasó a bordo a despedirle el ilustre pintor y dramaturgo Santiago Rusiñol, que se encuentra accidentalmente en aquella ciudad y que quiso saludar, antes de que abandonara las tierras de España, al que tan admirablemente interpreta sus principales obras y tan grandes triunfos para los dos ha alcanzado y seguramente seguirá alcanzando en esa nueva *tournee* por las más importantes capitales del Nuevo Mundo. Al notabilísimo actor y a su compañía deseamos feliz travesía y laureles sin cuento en la escena americana.

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Duseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.

## PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS

— especialmente para —

**EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS**

Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg.

Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.

Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP

Berlin.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.

NUEVA REIMPRESION

## FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR

# DEHAUT

DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN